

# El triunfo de la masculinidad

Margarita Pisano

*fem-e-libros*  
gratis



EL TRIUNFO  
DE LA  
MASCULINIDAD

**Margarita Pisano**

*fem-e-libros*

**gratis**

Todos los derechos de autor pertenecen a:

**Margarita Pisano F.**

Este volumen no se puede reproducir sin el permiso y conocimiento de la autora: **[www.mpisano.cl](http://www.mpisano.cl)**

***Fem-e-libros/creatividad feminista*** solo es responsable del maquetado a PDF de este libro

año de 2004

«Es natural que el corazón se alegre cuando ha rechazado la agresión venciendo a sus enemigos. De ahora en adelante, queridas amigas, tendréis motivos de alegría al contemplar la perfección de esta Ciudad Nueva, que si la cuidáis, será para todas vosotras, mujeres de calidad, no sólo un refugio sino un baluarte para defenderos de los ataques de vuestros enemigos.»

Cristina de Pizán, ***La ciudad de las damas***  
(1405)



# INDICE

Dedicatoria

Introducción

## **PRIMERA PARTE EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD**

El triunfo de la masculinidad.

La consanguinidad

Obligar a la vida: ejercicio de la mentira

La utopía de fin y principio de siglo es el gol43

## **SEGUNDA PARTE CRISIS DEL PENSAMIENTO FEMINISTA CONTEMPORÁNEO**

Una larga lucha de pequeños avances,  
es una larga lucha de fracasos .

Las nostalgias de la esclavaLa demarcación: cómo  
señalar nuestros límites71

Desde la otra esquina 89

Un gesto de movilidad, articular un avance

**TERCERA PARTE**  
**LESBIANISMO**

Incidencias lésbicas o el amor al propio reflejo

Lesbianismo: un lugar de frontera

**CUARTA PARTE**  
**OTRO PENSAR**

Otro imaginario, otra lógica



# DEDICATORIA

**E**l conocimiento y los saberes acumulados por las mujeres tienen, en gran medida, su origen en experiencias y procesos que no necesariamente están sistematizados en los términos de la Academia. Sin embargo, ésta recupera, resimboliza y usa esos conocimientos, sin dar cuenta de sus orígenes, lavándolos de sus propuestas más políticas. Resulta necesario, entonces, que las mujeres comencemos a visibilizar nuestra capacidad de creación y de pensamiento, legitimando el proceso que nos ha llevado a formular y reformular un pensamiento extrasistémico, de la misma manera como hemos visibilizado nuestros sufrimientos.

Si bien es evidente que algunas de estas reflexiones están inspiradas en textos que podrían ser citados, ellas son, al mismo tiempo, producto de síntesis que han sido hechas a través de los años, de experiencias concretas que nacen de mi activismo político-feminista.

Las reflexiones de este libro provienen de diferentes espacios y personas, algunas citables, pero otras –tan importantes o a veces más– no se encuentran en las bibliotecas.

Si de referencias y citas se trata, en términos académicos –nombre, página, año, edición de la publicación en referencia –, ¿cómo decir que María Tramolao, mujer mapuche, me enseñó acerca de la vejez? ¿Cómo citar a cientos de mujeres que en los talleres Revisando Nuestros Procesos\* me enseñaron el peso de la obligatoriedad del amor? Y dentro de la propia biografía, ¿cómo reconocer qué fue más importante: el libro leído o esas largas conversaciones con mis amigas feministas, sobre nuestros trabajos, nuestras políticas y estrategias de

sobrevivencia, nuestras maneras de ver la vida y diseñar las propias? ¿Cómo saber si el trabajo de arquitecta por más de veinticinco años —diseñando, construyendo, atrapaando el espacio, trabajando la luz y el color, buscando las proporciones, interviniendo vidas y ciudades— es más importante que una publicación o lo que ella implica? ¿Cómo citar que en las conferencias de Vimala Thakar, entendí el sentido de la indagación, que no es el mismo que la investigación, y que me abrió a espacios de libertad?, ¿cómo citar las danzas sufí con Jack Sun, que durante años me dieron pistas sobre mi propia existencia?, ¿cómo citar a mi terapeuta, que me ayudó a aclararme? o ¿cómo citar a otro que me confundió y me cerró caminos?, o la pintura de Roser Bru o el sentido de una amistad inteligente de Lea Kleiner, o el ojo fotográfico de Paz Errázuriz. ¿Cómo citar a Patricia Kolesnicov, Olga Viglicca, Ximena Bedregal y nuestras discusiones políticas en medio de la cordillera, casi al fondo de la tierra?, ¿cómo citar el bosque que me mostró Lise Moller?, ¿cómo explicar que las rebeldías en la poesía de Malú Urriola y Nadia Prado, me reconcilian con el mundo? Y todo esto concretado en el Movimiento Feminista Rebelde (MFR).

Mi elección de no citar las fuentes «accesibles» tiene como objetivo no dar pistas equivocadas sobre mi trabajo, para quienes quieran profundizar en él. Es necesario buscar otras maneras de incluir estos mundos y modos no citables de construir conocimientos, para que no pierdan su capacidad transformadora. Me temo que al citar se reduce la capacidad de aventura y de creación que tiene este vivir la vida atentamente, sin embargo, creo también que toda mujer debe conocer la historia de las mujeres, pues toda mujer es un producto de esta historia de siglos, de las rebeldes, de las feministas, de esa genealogía de mujeres que se atrevieron a pensar.

A todas ellas, dedico este libro.

Y a mis acompañantes de lagos y mares: Camila, Victoria, José, Benjamín y Vicente.

# INTRODUCCIÓN

## **La idea del mito de inferioridad**

El mito es un supuesto cultural fabricado, cuyo contenido no corresponde efectivamente a lo sucedido a lo largo de la historia, sino más bien a una relectura de la historia desde un supuesto inicio mágico-divino de la humanidad, desde donde se urden los modos culturales contenidos en esta civilización.

Es difícil hacer un análisis de cómo o cuándo perdimos la batalla las mujeres, cómo fuimos sometidas, cuándo fuimos narradas y colocadas en el ámbito cultural de estas lecturas míticas donde está instalada la idea de la superioridad masculina en contrapartida a nuestra inferioridad. Transitamos en el tiempo, en el olvido sadomasoquista que sostiene la sumisión de amar y admirar a quienes nos someten.

El olvido radica en que esta cultura enajenada no asume la movilidad del cambio, ni la posibilidad de una modificación profunda, pues el sistema se modifica tan sólo para perfeccionarse. Es en este proceso donde su esencialidad, afina y refina su cultura de muerte.

El mito de la superioridad masculina blanca, es el que origina y deposita la idea de inferioridad de las mujeres, idea que transita por los tiempos y las diferentes culturas y razas.

Esta constitución de espacios de lo femenino y lo masculino, tan profundamente arraigado, es el que circula en el perfecto carruaje del mito y que hace posible traspasar la idea de inferioridad en el tiempo y en la conciencia de las mujeres.

Los varones no cuestionan dicha operación del dominio con que nos han sometido desde el comienzo de la historia, del mismo modo que las mujeres cuando traspasan ciertos espacios de libertad, olvidan que esta mitología con que se ha ido construyendo nuestra intrahistoria, forma parte constituyente de nuestra cultura contemporánea, y que, por muchas fundaciones de derechos humanos o de paz ciudadana que se implementen, es y seguirá siendo una cultura fraccionada, enajenante y dominante.

Lévi-Strauss sostiene que el mito se modifica a través de la historia, produciéndose ciertas variantes, pero desde una mirada feminista podríamos asegurar que los mitos no cambian en su profundidad, lo que hace la cultura en realidad es posicionarlos de una manera contemporánea, para instalar y reinstalar a su vez, sus propios poderes y estructuras en el inconsciente colectivo.

Una cultura que siembra la desconfianza sobre sí misma, así como en el ser humano, logra constituir una sociedad agresiva y en constante defensa. Ésta es la dinámica del dominio en la que hemos vivido las mujeres desde los inicios de la sociedad patriarcal.

Este libro revela una mirada crítica y sin concesiones a los problemas que atraviesa el feminismo y los movimientos culturales, así como también devela los traumas y secuelas de una sociedad que deslegitima a más de la mitad de la humanidad: las mujeres.

# **PRIMERA PARTE**

## **EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD**



# EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD

Tendríamos que empezar a hacer las preguntas que han sido definidas como no preguntas.

**Adrienne Rich<sup>1</sup>**

La vieja y reconocida estructura patriarcal ha ido mutando, ha ido desestructurando y desmontando sus responsabilidades, reconstruyendo un poderío mucho más cómodo, fortaleciendo y anudando sus espacios de poder, desdibujando sus límites y posibilitando su ejecución para quienes lo controlan. Desde ahí negocia lo innegociable, tolera lo intolerable y borra lo imborrable en un discurso incluyente y demagógico.

Cada vez vemos con mayor nitidez que lo que se ama, lo que se respeta y legitima en el mundo, es al hombre, borrando toda aspereza y arista para que este amor se realice, pues la masculinidad estructuró, atrapó y legitimó para sí el valor fundamental que nos constituye como humanos y humanas: la capacidad de pensar. En esta distribución las mujeres quedaron instaladas en lo infrahumano de la intuición versus el pensamiento masculino, por esto, cada vez que una mujer se apropia de

aquellas dimensiones, provoca un rechazo desde lo profundo del sentido común instalado en nuestra sociedad y que hace tan difícil la permanencia en la autonomía.

Hoy, podemos vislumbrar un triunfo más tangible de la masculinidad, como una supraideología mucho más abarcadora que cualquier otra creencia o ideología concebida antes por el patriarcado. Esta supra ideologización de la masculinidad ha cruzado siempre los sistemas culturales, ha impuesto las políticas, las creencias, ha demarcado las estructuras sociales, raciales y sexuales.

La visión masculinista de lo que es la vida se va extendiendo y entendiendo esencialmente como la única y universal visión, como la única macrocultura existente, posible e inmejorable.

Lo que el patriarcado trajo como esencia desde su lógica de dominación – la conquista, la lucha, el sometimiento por la fuerza–, hoy se ha modernizado en una masculinidad neoliberal y globalizada que controla, vigila y sanciona igual que siempre. Pero esta vez a través de un discurso retorcido, menos desentrañable y en aparente diálogo con la sociedad en su conjunto, donde va recuperando, funcionalizando, fraccionando, absorbiendo e invisibilizando a sus oponentes y que trae consigo una misoginia más profunda, escondida y devastadora que la del viejo sistema patriarcal.

Dentro de esta lógica masculinista fragmentaria se ha entendido el espacio de la feminidad y el espacio de la masculinidad como dos lugares independientes que se relacionan asimétricamente y que, por tanto, están en fricción. Esta lectura ha hecho que la mayor parte de los avances conseguidos por las mujeres hayan sido absorbidos, sin provocar para nada una nueva propuesta civilizatoria cultural.

La lectura simplista de dos espacios diferenciados entre género masculino y género femenino nos ha



conducido a formulaciones erróneas de nuestra condición de mujeres y de nuestras rebeldías, pues estos supuestos dos espacios simbólicos no son dos, sino uno: el de la masculinidad que contiene en sí el espacio de la feminidad.

La feminidad no es un espacio autónomo con posibilidades de igualdad, de autogestión o de independencia, es una construcción simbólica y valórica diseñada por la masculinidad y contenida en ella como parte integrante. Por supuesto que esta lectura traerá distintos grados de resistencias, pues, tendremos que abandonar parte del cuerpo teórico producido por el feminismo que se basa precisamente en esta idea y que nos da las falsas pistas de que la igualdad en la diferencia está al alcance de la mano, que con unas cuantas modificaciones de costumbres y algunas leyes, lograremos que toda esta tremenda historia de explotación y desigualdades quede saldada.

Esta remirada política nos desafía a abandonar el nicho cómodo de la feminidad, que ha sido uno de los conceptos más manipulados por la masculinidad y por nosotras mismas. Al abandonar la feminidad como construcción simbólica, como concepto de valores, como modos de comportamientos y costumbres, abandonamos también el modelo al que hemos servido tan fielmente y que tenemos instalado en nuestras memorias corporales, hasta tal punto que creemos que ésa es nuestra identidad y que, al mismo tiempo, hemos confrontado como signo de rebeldía ante la masculinidad. No olvidemos que esta construcción de la feminidad ha sido la que nos instala en el espacio intocable, inamovible y privado de la maternidad masculinista.

Al plantear el abandono de la feminidad y de la exaltación de sus valores, estoy planteando el abandono de un modelo que está impregnado de esencialismo y que conlleva el desafío de asumirnos como sujetos políticos, pensantes y actuantes.

No niego que en estos últimos tiempos hemos tenido acceso a ciertos espacios de poder y de creatividad, pero aún no hemos logrado cambiar un ápice la cultura de la masculinidad, por el contrario, nuestro acceso ha vuelto a legitimarla y a remozarla, permaneciendo inalterable su estructura. Nunca hasta ahora, habían existido en proporción tantas mujeres explotadas y pobres, ni tantos pobres en el mundo, ni tanta violencia hacia la mujer.

La legitimidad que la masculinidad se otorga a sí misma, no se la otorgará jamás a las mujeres como entes autónomos. Por ello nuestro proyecto político civilizatorio no puede seguir generándose desde el espacio masculino de la femineidad. La lectura impuesta de la existencia de dos géneros que dialogan, negocian o generan una estructura social, ha sido parte importante de las estrategias de la masculinidad para mantener la sumisión, la obediencia, la docilidad de las mujeres y su forma de relacionarse entre ellas y con el mundo.

Nuestra historia de mujeres es una reiteración sucesiva de derrotas, por mucho que queramos leer como ganancia los supuestos logros o avances de las mujeres en los espacios de poder, ellos siguen marcados, gestualizados y controlados como siempre por los varones. No olvidemos que ya en el siglo XV Cristina de Pizán afirmaba que: «sólo saliéndose del orden simbólico de los hombres y buscando un discurso cuya fuente de sentido estuviera en otra parte, sería posible rebatir y alejarse del pensamiento misógino bajome dieval»<sup>2</sup>. Estas mujeres han sostenido a través de siglos nuestras mismas luchas, con prácticamente los mismos discursos, pensando que avanzábamos a un cambio de nuestra situación. Por esta historia y los costos que ha tenido para tantas mujeres, deberíamos encontrar las claves de nuestras derrotas, en lugar de caer en análisis triunfalistas.

Cuando hablo de derrotas, me refiero a que no hemos conseguido acercarnos a un diálogo horizontal, el

diálogo desde lo femenino como parte subordinada de una estructura fija, no puede entablar un diálogo fuera de la masculinidad, ya que vive dentro de ella, es su medio, su límite, allí se acomoda una y otra vez, por tanto, no puede crearse independientemente como referente de sí misma. No lograremos desmontar la cultura masculinista, sin desmontar la feminidad.

La construcción y localización que han hecho de nosotras como género no es neutra, la masculinidad necesita colaboradoras, mujeres/femeninas, funcionales a su cultura, sujetos secundarizados que focalicen su energía y creatividad en función de la masculinidad y sus ideas.

Las mujeres que se salen de esta estructura simbólica masculinista atentan contra la estructura general del sistema y su existencia. Por esto la persecución histórica y virulenta hacia ellas, que traspasa los límites de lo público invadiendo sus vidas privadas, tiene características que no ha tenido jamás la persecución a los varones, porque entre ellos existe la legitimidad del poder y su jerarquización.

Los lugares históricos que abre la masculinidad a la feminidad no son inocentes, para el sistema es funcionalmente necesario que las mujeres ocupen los lugares que los hombres ya no necesitan, los lugares simbólicamente sucios, me refiero a lugares signados como los ejércitos, la policía, la mano de obra barata para industrias y laboratorios contaminantes. El sistema las hace permanecer en dichos espacios –y esto es lo importante– fijas en el estereotipo agudo del diseño de la feminidad.

Las pensadoras y académicas que podrían tener una visión más clara de la necesidad de un cambio cultural profundo, se funcionalizan a los últimos pensamientos y teorías generadas por la masculinidad (desde Aristóteles hasta Baudrillard) y no se dan cuenta que la masculinidad las traviste, que están sirviéndole desde la ilusión de la igualdad y/o de una cierta diferencia igualitaria.

La masculinidad como macrosistema sigue siendo el que genera, produce y define lo que es conocimiento válido y lo que no, aunque permita la participación de las mujeres en ello. Sigue siendo la estructura patriarcal la que legitima o deslegitima a las mujeres que le colaboran, tanto en la ciencia, la literatura, la filosofía, la economía, como en los demás campos. Las mujeres que ocupan estos espacios y/o pequeñas élites no alcanzan a leer su propia funcionalidad, a pesar de que la incomodidad de estar en estos espacios masculinos persista, pero es tanto el costo de salirse de este útero masculino que prefieren no hacerlo, ni pensarlo, manteniendo espacios intocables, sagrados, libres de cualquier interrogación; la maternidad, su maternidad, el amor romántico, su amor, la familia y su forma de relacionarse como si el pensamiento fuera neutro, ejecutan la operación de sumarse a las ideas de los varones, es donde se traiciona el pensamiento político y cultural producido por las mujeres, donde pierde su capacidad transformadora y se fija en la permanencia del sistema.

La estructura de la esclavitud con que funcionamos se ha hecho cada vez más profunda, más oculta, más travestida y más sutil. La nostalgia de las mujeres a la protección del varón está demasiado presente y se traduce en las marcas corporales de la sexualidad de dominación. Sospechoso y nada inocente es que nos toque siempre andar un paso atrás de los avances de la cultura masculina. Sospechoso es que se comience a reflexionar acerca del fin de la historia, justo cuando las mujeres empezamos a recuperar nuestra historia, cuando recién comenzamos a ejercer como sujetos políticos pensantes. Sospechoso es que aparezca el posmodernismo a reciclar lo ya hecho y pensado por la masculinidad, armando una modernidad/masculinidad disfrazada que no es sino un constante retorno, una modernización pragmática, relativa, que habla de la muerte de las ideologías,

cuando las ideologías que han fracasado son las de los hombres. Ninguna ideología elaborada por grupos de mujeres ha fracasado aún, sencillamente no hemos gozado más que del poder de las agitadoras, que nunca se ha transformado en un poder real, de prueba de otro sistema cultural.

Si seguimos el hilo de nuestra historia, podemos ver que desde el proceso agitador del pensamiento de las mujeres hasta ahora, hemos constituido varios movimientos pensantes y actuantes<sup>3</sup>. Esta historia ha corrido siempre al margen de la oficial, por ello me parece dudoso que a las puertas del siglo XXI, la masculinidad pretenda darla por terminada, lo que significaría que no estuvimos ni al inicio ni al final. No dejo de sospechar de las políticas de igualdad, o de diferencia tan esgrimidas hoy, dentro de un pragmatismo transable y eclipsante de nuestras luchas y de nuestros aportes.

Debemos tener mucho cuidado de los análisis triunfalistas de avance, de los lugares conquistados, del espejismo de retirada de la vieja estructura patriarcal. El concepto de patriarca puede estar sujeto a discusión, a remodelación, sin embargo, lo que no se ha cuestionado es la cultura de la masculinidad, que se sigue leyendo como la única macrocultura posible, la única creada por la humanidad, he allí su triunfo.

La reflexión desde un espacio político/cultural no feminizado como lugar de referencia es fundamental, por aquí y sólo por aquí pasa la liberación de las mujeres y los cambios urgentes que necesitamos como humanidad. Profundizando crítica y políticamente el espacio secundarizado que nos ha asignado la historia, podremos empezar a plantearnos la posibilidad de ejercer nuevos modos de relación y nuevas estrategias feministas, más rebeldes, menos recuperables.

El pensamiento de algunas teóricas feministas está adquiriendo esta dimensión de autonomía. La crítica

que ha venido desarrollando este pensamiento, está generando la posibilidad de ejercitar otras propuestas civilizatorias. Avanzamos, hacia la posibilidad de entablar un diálogo horizontal con la masculinidad desde un lugar creado externamente a ella, liberándonos de los nostálgicos deseos de permanecer en una cultura que, por más que la queramos leer como nuestra, nos sigue siendo ajena.

## LA CONSANGUINIDAD

**E**stamos insertos en una macrocultura que se constituye por varios sistemas y subsistemas de valores entrelazados. De acuerdo con estos órdenes se estructuran las relaciones entre seres humanos y los diferentes entendimientos de la vida y la muerte.

Una de las características de los sistemas es que se institucionalizan a través de una estructura piramidal que está marcada por el dominio, valorizando y sobreponiendo un sistema a otro, afectándolo y traspasándolo por una idea fundamentalista de que la existencia es así, cuando en realidad es un diseño cultural. Nos movemos dentro de un gran eje sistémico de religiones, Estados, naciones, macro y micro poderes donde se establece la réplica del sistema en menor escala: la familia, que dentro de esta jerarquía de poderes corresponde al microsistema por excelencia y al lugar de adiestramiento fundamental, protegido y marcado como el espacio esencial de los valores, siendo legitimado a través de la consanguinidad.

La reproducción no es leída como un acto de lo humano, sino como un acontecimiento sobrehumano: el milagro de la vida. Las religiones pasan a ser el referente ideológico de la explicación sobrehumana de lo humano. La familia se arma en este contexto mítico-mágico y dentro de ella se estructura la base del dominio: los padres —especialmente la madre— pasan a ser más que responsables del cuidado de los hijos, guardianes y reproductores del sistema.

La familia es el lugar de origen, la gran referencia bipolar, lineal, de lucha y conflicto permanente desde donde leemos e interpretamos la realidad.

En este espacio de relación consanguínea el cuerpo se transforma en un lugar político fundamental, donde se construyen y materializan los valores. Es un lugar que nos informa y elabora conocimientos, que registra lógicas diferenciadas entre hombres y mujeres. Las mujeres poseemos un cuerpo cíclico, que nos aproxima a la ciclicidad de la vida, a diferencia del cuerpo masculino, cuyo devenir es más unidireccional y está marcado por el nacer y el morir. La experiencia biológica de la maternidad, la ejerzamos o no, existe en nuestros cuerpos como potencialidad concreta de la continuidad de la vida.

Los cuerpos culturales provienen de una experiencia histórica especialmente diferenciada. Mientras uno proviene de una experiencia de poder y omnipotencia, con una historia escrita y relatada, el otro proviene de una historia de siglos de sumisión, maltrato y marginación. La toma y uso del cuerpo de la mujer por otro cuerpo antagónico está signado por espacios definidos: el del sometimiento por placer (la pareja, lo amoroso, la heterosexualidad), el del uso de la reproducción (la maternidad) y, por último, el del poder (a través de la explotación y apropiación del trabajo de las mujeres).

En este juego cultural, el espacio familiar es básico para asegurar el sometimiento de las mujeres y pre-



servar el modelo de una sociedad neutra y mentirosa, donde la idea de hombre representa a la humanidad entera, es aquí donde se asienta el orden simbólico de la masculinidad. Este constructo es dinámico y ha sido resistido por las mujeres, por ello los hombres han reinstalado su poder constantemente. La resistencia no ha dejado de existir y ha generado una fricción que le ha servido a la masculinidad para rearmar su genealogía y defender su poder.

En el orden de la familia el hombre es el actuante, el sujeto histórico. La mujer es la sin tiempo y sin historia, aquella que no cuenta con la posibilidad del ejercicio de lo humano: pensar y crear. El hombre es un creyente de sí mismo y de su cultura. Las mujeres son creyentes de la familia, es decir, de la cultura de los hombres. La mujer, en tanto gran educadora, forma y transmite las herramientas del sistema, educa a los que más tarde serán sus opresores genéricos. Es precisamente este gesto civilizatorio el que juega políticamente contra las mujeres, haciéndolas responsables de la transmisión de una cultura que no han generado.

La madre sistémica es la que enseña a las hijas la obediencia como actitud legítima, desle gitimando la rebeldía, aunque ambiguamente la comparte. Las sanciones que ejecuta la madre sistémica tienen connotaciones distintas para cada sexo, a los hombres los castiga cuando no cumplen su rol positivo de dominación.

La obsesión del varón por construir cultura y sociedad como preocupación constante de ubicación y utilización del poder, la adquiere a través del linaje del padre, en los ritos de iniciación<sup>4</sup>. Las mujeres están desprovistas de este linaje y se les confiere sólo circunstancialmente cuando la figura del varón sucesor está ausente, es decir, a viudas o hijas de los grandes hombres, siempre que esté dominada su rebeldía de género.

Desde el núcleo familiar se puede replicar el concepto a todo lo demás: la familia militar, religiosa, negra,

la gran familia nacional. Todos los sistemas tienden a leerse desde esta supuesta consanguinidad que viene a implementar y a sostener la identidad común, estructuras de poder, sistemas concretos donde los lazos consanguíneos son intransables y construyen a su vez otros lugares inamovibles e innegociables.

Esta idea de consanguinidad, que hace a-cultural a las expresiones homo-lésbicas, es la misma que produce en estos espacios de márgenes culturales la añoranza de la familia como lugar de pertenencia, a pesar de ser la ejecutora del castigo.

La idea de consanguinidad establece como hecho constitutivo la marca inamovible de la sangre, aunque no garantiza los lazos entre las personas, ni el entendimiento entre los/as individuos/as. Lo que produce tal entendimiento corresponde más bien a lazos electivos de un orden valórico compartido. Se puede afirmar que la consanguinidad funciona como un eje ideológico que responde a un sistema de valores construido, donde la sangre se establece como concepto de igualdad y de diferenciación, a la mismo tiempo que constituyen un gesto esencialista y pervertido. Es aquí donde los conceptos de igualdad y libertad son perturbados con lealtades que apelan a la consanguinidad y no a la reflexión.

De esta manera, las mujeres hemos gozado de una igualdad en el sentido más desigual de la historia, incluso hoy este sueño de igualdad tiene como referente el modelo masculino, es decir, las mismas aspiraciones y sueños de empoderamiento.

El concepto de consanguinidad reemplaza el vínculo del pensamiento y la palabra, por un hecho biológico que sobrepone a la capacidad de entendimiento de los humanos una condición biológica mítica. Por esto tiene tanto sentido la sangre en su relación con la vida, pues a través de la sangre se transmite el poder, tanto de la familia como de sus réplicas en mayor escala –reinos,

Estados, clases, castas, razas, etcétera—, que estratifican y friccionan a la sociedad diferenciándola negativamente y constituyendo cortes/conflictos, montados sobre la desconfianza. Conceptos que se enarbolan fundamentalmente para instalar la legitimidad de la explotación sobre los más desposeídos. En este punto las mujeres somos un lugar de control, para que esta sociedad estratificada pueda hacer funcionar la maquinaria sádica de la masculinidad.

## OBLIGAR A LA VIDA: EJERCICIO DE LA MENTIRA

### Aborto: ¿una palabra sanguinaria, homicida?

**E**l aborto se representa como una traición a la vida, pero más que nada, la traición de la madre —la menos perdonable de todas—, la que teniendo el mandato divino y cultural de parir, niega la potencialidad del nacimiento de un sujeto. Estas lecturas simplistas y demagógicas sobre el aborto, legitiman las exigencias de vida de una cultura de la muerte, llena de transgresiones básicas a la vida ya habida, gestora de guerras, hambrunas, cárceles de menores, orfanatos infrahumanos, persecutora de razas enteras. Una cultura que no resuelve los problemas de la humanidad, que no ha logrado conseguir la paz, ni la igualdad social y que, además de construir estas desigualdades, se otorga el derecho de sancionarnos y despojarnos de la responsabilidad sobre nuestros

cuerpos, arrebatándonos toda la potencialidad de lo que constituye a un ser humano: la libertad.

No es un acto inocente que cada cierto tiempo se vuelva a atacar el aborto más inquisitiva mente, mostrando las contradicciones de un sistema enfermo, más conservador en sus propuestas y más libertino en las sombras de la ilegalidad. El sistema construye artificialmente sus propias contradicciones, para no tener que resolver los problemas más mínimos y fundamentales como el derecho a comer y a una vida humana.

Esta misma cultura que sanciona el aborto, es la que dedica millones de dólares para clonar seres humanos sin pecado concebido. Ya no es una metáfora la posibilidad de crear humanos sin necesidad de sexo, pues el sexo —y eso lo sabe el sistema de sobra—, es uno de los principales espacios donde se construyen los poderes, por ello busca con tanto afán el control de la vida y de l cuerpo.

Pobre de nosotras, mujeres, el día que nos obliguen a abortar, cuando los controladores descubran que el planeta está sobrepoblado, como ya sucede en algunas partes del mundo. Entonces, toda nuestra lucha por el derecho a nuestro cuerpo y al diseño de nuestras vidas será otra vez ordenado, controlado por el mismo sistema en orden inverso.

Cuando el sistema necesita remozar y mantener su ideología, abre los debates que le convienen, para poder reinstalarse, modificar y profundizar el sentido común ya instaurado, para que no se le escape nadie. Por lo tanto, si abre públicamente el tema del aborto, como cualquier otro tema atentatorio a sus conceptos normativos —homosexualidad, lesbianismo, sexo no reproduc tor, eutanasia, etcétera—, lo hace sólo para reinstalar el repudio y el concepto de asesinato. Para ello cuenta con la resonancia ideológica en el imaginario colectivo y con el miedo al poder y su moral castigadora.

En este debate somos nosotras las que tenemos que instalar un nuevo sentido común. Tarea infructuosa, porque el sistema nos da y quita la palabra cuando quiere. El único hablante posible es el sistema, que cuenta con su propio tiempo.

La posibilidad de gestar es un problema de libertad, es nuestro cuerpo y no el de los hombres el que se embaraza, es nuestro cuerpo el que da de mamar, radica en nuestra conciencia corporal y finalmente somos nosotras las responsables de esa vida gestada. Por ello, es muy sospechoso que aparezcan campañas de paternidad responsable o de derechos reproductivos como un problema individual, moral y no social y político.

Cada vez que se demanda la responsabilidad social y cultural sobre la natalidad con dignidad de vida, de respeto a los seres humanos, el sistema vuelve a ubicar el tema del aborto como un concepto de producción privada, no social. Por lo tanto, debemos revisar y adecuar nuestro pensamiento. En la cultura vigente, el aborto ya está sancionado como asesinato, ya está inscrito como un acto sanguinario y cualquier posibilidad de discusión será manipulada para reponer la idea de crimen y de pecado. El sistema no va a modificar esta concepción, no va a transar este punto, porque es el nudo político y religioso donde constituye el concepto de feminidad y de maternidad. La simbología esencialista del amor y la culpa con que nos han manejado, es uno de los puntos donde la masculinidad construye el dominio sobre la mitad de la humanidad, es parte de su esencia, esa es su ganancia, ahí radica el poder sobre las mujeres y si es consecuente consigo mismo, no puede darnos consentimientos, ni permisos, salvo, por supuesto, que nos quite la maternidad, dirección que ha tomado la ingeniería genética.

Obligar a la vida es un acto omnipotente, avasallador y autoritario, da cuenta de las fallas de una

sociedad frágil en sus valores y sus creencias. En una estructura social, política y económica que está concretamente diseñada para unos pocos, la propuesta de respeto a los seres humanos es intrínsecamente falsa. Estamos permeados del ejercicio de la mentira, por ello, sancionar el aborto y mantenerlo en la ilegalidad es fundamental para que la maquinaria masculinista siga funcionando, así como sanciona el suicidio, la eutanasia y todo derecho a decidir sobre nuestro propio cuerpo y vida.

Existe un goce con el dolor del otro, con la prolongación de dicho dolor, pues el dolor no piensa, se conduce de sí mismo. Ésta es una sociedad construida en un sistema antiquísimo de vigilancia y prohibiciones, que entiende la vida como un tránsito doloroso, culposo, ajeno, como si el diseño de nuestras vidas le perteneciera a un otro, a una entelequia no identificable. Cada vez estamos más prisioneros del sentido común instalado y controlador, que filtra y permea hasta lo más íntimo y sagrado de nuestras vidas, por esto la libertad cada día es más lejana y se le teme tanto.

## LA UTOPIA DE FIN Y PRINCIPIO DE SIGLO ES EL GOL

**E**sto de que las mujeres hayan comenzado a bajar a las canchas de fútbol, al ring de boxeo, al ejército –espacios demarcados, conformados y gestualizados por la masculinidad– merece una reflexión, pues cuando se rigidiza el espacio político y la desesperanza de la masa es total, aparecen estos circos romanos. Por supuesto que las mujeres sienten atracción por los espacios que nunca han ocupado, y en los que siempre han sido espectadoras, no han tenido la experiencia de estar en un equipo vistiendo una misma camiseta, reconociéndose a sí mismas y a otras como capaces.

Sin embargo, esta experiencia sólo sirve a los hombres para corroborar el discurso moderno de la igualdad. Estas conquistas travestidas, validan la cultura de los varones, subsumiendo a las mujeres aún más en ella. Como ejercicio de tránsito por los escenarios masculinos no está mal, el peligro radica en imitar la cultura masculinista y sus valores como campo de entrenamiento del



dominio, pues los deportes nacen y se perpetúan a través del entrenamiento simbólico de la guerra: someter al otro, derrotar al otro.

En el último campeonato mundial de Fútbol, ¿qué es lo que se nos transmitió? Siendo Francia la cuna de la revolución, la libertad y depositaria de la cultura centroeuropea, aparecen en la ceremonia inaugural cuatro gigantes varones que invaden París para converger en el centro de la ciudad como representantes de las razas y culturas de los cuatro continentes: el indio de América, el negro de África, el rubio sajón de Europa y el oriental de Asia. Estos cuatro gigantes simbolizan a las cuatro razas del mundo, como si las razas fueran cuatro y solamente de hombres, reduciendo los matices de cada continente y velando nuevamente los matices entre hombres y mujeres. La presencia de la mujer en este espectáculo fue simbólicamente evidente, aparecieron en una esquina, desde abajo, a tamaño natural y crecieron hasta las rodillas de los gigantes. Simbología que no es neutra, pues el mundo se lee corporalizado como un varón gigante y omnipotente al que no podemos llegarle sino hasta las rodillas. Una vez finalizado este breve homenaje que nos hicieron como género, las mujeres desaparecieron en un agujero en la tierra, para ocupar el sitio de la invisibilidad.

Estos gigantes simbólicos no son casuales, ni tampoco es casual que los hombres se lean como «los grandes representantes del mundo». Es tanta la omnipotencia de la masculinidad, que no perciben realmente dónde se gestan los problemas del mundo, problemas que sus propias lógicas y dinámicas crean y, que por tanto, no resolverán nunca.

Asimismo, opera el aparataje de admiración y exaltación a los jugadores que el fútbol destaca; el amor que se tienen a sí mismos, con expresiones sexuales de besos y abrazos en las canchas, unos tirados encima de

otros en el césped. Los discursos de los comentaristas exaltan enamoradamente las condiciones físicas de estos ídolos, al tiempo que las hordas afiebradas que los siguen —fanatizadas de racismo, clasismo, nacionalismo—, se focalizan ahora hacia una camiseta, cuyos rostros pintados se convierten en banderas.

El deporte ha logrado reunir a más creyentes que ninguna ideología, aglomera a los desplazados del mundo y les repone la ilusión de la gloria. Nunca han existido expresiones más fanáticas, más masivas, más homogéneas y más funcionales a los intereses económicos que con el auge del deporte. Ya no hay gente en las calles reclamando injusticias sociales o los abismos que hoy atraviesa nuestra sociedad. Las calles quedan desiertas cuando los estadios están llenos.

El deporte además ha repuesto y legitimado la vieja idea y la práctica de la venta de los seres humanos. La gran paradoja que se da dentro de este juego es el acceso al bienestar desmedido de unos pocos, que la masa aplaude históricamente. Hoy día es más importante un astro deportivo que un ser humano común, siendo exorbitantemente mejor pagado y más valorizado por la sociedad. El signo del dinero está marcando lo que pasa.

La masa futbolera, amando a sus semidioses deportivos, borra a los individuos, borra sus capacidades individuales, anula la visión crítica: el fanático no piensa, no cuestiona, está sometido a la creencia y a la adoración, remozando y recreando la idea del superhombre.

Tener campeones es importante para un país, a través de ellos exalta su nacionalismo, repone la identidad de unión y de superioridad frente a otros pueblos y, correlativamente, minimiza las diferencias sociales y de proyecto político. Discurso siniestro que enaltece la juventud, al mismo tiempo que la repudia. No se puede negar que el sistema le teme a los jóvenes, pues siempre ha odiado lo que no entiende, lo distinto. Usa el fútbol

para vigilarlos y los estadios para castigarlos. Los jóvenes, a su vez, en la furia exaltada del triunfo prestado o en la derrota demoledora, le pasan la cuenta de todas sus decepciones y carencias, rompiendo afuera, lo que llevan roto por dentro.

Todo este juego de inventar juegos responde a políticas de un mundo que no les da trabajo, conocimientos, ni oportunidades. Por ello, a través de las barras, el sistema los institucionaliza, los sitúa, los recupera, los encandila con el fanatismo. Es historia conocida, son los circos conocidos.

Estamos en el auge del triunfo de una cultura masculinista, racista, clasista, sexista, fóbica de la juventud y de la vejez no triunfantes. Y en este juego de hombres, las mujeres somos apenas comparsas, aunque algunas accedan a la cancha. El viejo tópico de que el deporte hace una mente y un cuerpo sanos, es una más de las grandes mentiras de este siglo, no se puede negar la deformación anaeróbica de los músculos y el cuerpo usado como máquina de competencia, desarrollado como producto de la industria, al servicio de los grandes capitales y no de la humanidad.

La utopía del nuevo siglo ya no es la búsqueda de la igualdad social o el rechazo colectivo a las transgresiones a los individuos, a los pueblos perseguidos o el exterminio, a la hambruna, a las limpiezas étnicas, a los esencialismos. Todas estas aberraciones son silenciadas con el grito de gol, ¿será el gol la utopía del nuevo siglo?



# **SEGUNDA PARTE**

**CRISIS DEL PENSAMIENTO  
FEMINISTA  
CONTEMPORÁNEO**



# UNA LARGA LUCHA DE PEQUEÑOS AVANCES, ES UNA LARGA LUCHA DE FRACASOS

**D**espués del Encuentro Feminista realizado en Cartagena, Chile, en 1996, pensé que las feministas teníamos el desafío de profundizar en nuestras estrategias de sobrevivencia, hacer coherentes nuestros discursos tanto en sus análisis críticos, como en sus prácticas políticas, para instalar un diálogo entre las diferentes corrientes feministas y de este modo ir construyendo una historia visible, esa genealogía que nos falta para existir como propuesta cultural. Antes, durante y después del Encuentro de República Dominicana (1999), esta etapa de reflexiones parece vacía, creo que, al darnos cuenta de nuestras profundas diferencias políticas, una cierta perplejidad nos paraliza, aunque la política sobre mujeres desde el discurso institucionalizado se haya seguido haciendo a nombre de todas. Las políticas dirigidas hacia las mujeres se sustentan en los mismos fundamentos de siempre, dentro del espacio ralo, ajeno, sórdido, guerrero y más que adverso de la misoginia. Estas políticas no han movido un ápice la cultura masculinista, al contrario, gran

parte del feminismo se sigue entendiendo como parte de la masculinidad, jugando el juego del poder desde una falsa y ajena legitimidad. Desde este lugar se leen sus triunfos.

Uno de nuestros principales desafíos sigue siendo desmenuzar la construcción del espacio simbólico de la masculinidad/feminidad como un solo espacio: el de la masculinidad que contiene en sí mismo el espacio de la feminidad.

La feminidad no es un espacio aparte con posibilidades de igualdad o de autogestión, es una construcción simbólica, valórica, diseñada por la masculinidad y contenida en ella, carente de la potencialidad de constituirse desde sí misma. Por ello es tan profunda la sumisión de las mujeres, las que logran salirse de la feminidad, si no tienen una consistencia teórica, vuelven irremediabilmente a los órdenes establecidos.

Me temo que el análisis de género no logra ver la envergadura de nuestra sumisión y en estas condiciones el retorno constante al redil parece inevitable, incluso para las feministas, pues además de asomarse al vacío de la no-pertenencia a la masculinidad como sistema, se añade la falta de una historia política y cultural de mujeres donde apoyarnos.

Cabría preguntarse, ¿qué es lo que nos pasa que nuestras luchas fracasan constantemente? Estas vueltas al redil tienen subterfugios para camuflarse y hacernos creer que se está en la actuación feminista y que hemos logrado grandes avances. Sin embargo, el desgastante ir y venir por los pequeños poderes de la masculinidad deteriora los pactos entre mujeres o bien, dichos pactos van amputándose en este tránsito.

Hemos repetido las mismas luchas por siglos y una cierta omnipotencia nos hace creer que nuestros pequeños avances se traducen en grandes cambios. Es cierto que en algunos momentos las mujeres se han ins-



talado en los lugares de poder de la masculinidad como la política, la cultura, la economía, la academia, etcétera, pero siempre socializadas, focalizadas y entrenadas hacia el espacio romántico-amoroso, al servicio de los intereses de la masculinidad y en su misma ley de dominio. El discurso amoroso reconstruye constantemente el espacio de la feminidad, configurándose en una de las anclas que nos hace retornar.

La efectividad del espacio amoroso marcado y simbolizado, no se ha modificado en lo más mínimo, al contrario, sus tópicos están totalmente vigentes. Tal vez se haya modificado algunos modos o estilos de relación dentro del discurso, pero en lo profundo no se ha modificado en nada. Es necesario revisar este punto, pues los deseos están marcados por la cultura y es imposible resimbolizarlos mientras no se ponga en cuestión el poder y sus dinámicas de dominio. De esta manera, las producciones culturales, en su mayoría, apelan al drama, al dolor y a las soledades del sentido común instalado, por tanto lo que se produce en teatro, cine y narrativa, está impregnado de la cultura vigente.

Pensé que las mujeres tenían toda la potencialidad de hacer un cambio civilizatorio, por su historia de esclavitud, por haber vivido siglos en un espacio ajeno. Pensé que teníamos la potencialidad de cambiar esta cultura basada en el concepto de lo superior, ejercido por los elegidos y, en algún momento, incluso llegué a pensar que estábamos produciendo un sistema ideológico que gestaría este cambio. Pero por más libertarias que sean las ideas, si están elaboradas dentro de la estructura de la masculinidad, aunque parezcan diferentes y contrarias al sistema, se crean dentro de su lógica y, por lo mismo, no puede existir ningún sistema dentro de la masculinidad que no termine siendo fascista, sexista, esencialista y totalitario, elementos constitutivos y fundamentales de la masculinidad. Lo que no quiere decir que no haya individuos

libertarios, pero el sistema se encarga de encauzarlos, domesticarlos e invisibilizarlos en tanto sujetos sociales pensantes contrarios a su lógica.

En este sentido el feminismo no ha logrado leerse todavía como una propuesta civilizatoria de cambio profundo, al contrario, la gran mayoría de las corrientes feministas se han cons tituido dentro de una posición servil de de mandas y en constante espera de instalación, de reacomodo dentro de las estructuras de la masculinidad.

El movimiento feminista como movimiento social no ha logrado autonomía ni independencia del sistema, y justamente por esto, no ha sido capaz de constituir una genealogía de pensadoras. No es que perdamos estas posibilidades de constitución de un espacio histórico por nuestras diferencias políticas internas, tampoco por no contar con una vasta cantidad de pensadoras, sino que no hemos logrado hilar su trabajo teórico.

Aquí radica el triunfo de la masculinidad que no nos dejará jamás constituir otra historia paralela a su historia. Es más efectivo legitimarnos parceladamente, fragmentarnos, disgregarnos e incluir a unas pocas mujeres a la cola de su genealogía y linaje de pensadores, que dejarnos establecer una historia propia.

No es de extrañar entonces que la historia del feminismo esté en manos del sistema y que sea éste el que se encargue de borrar todo vestigio de esta otra historia de pensadoras y críticas del modelo masculinista. Son justamente estos nudos los que llevan al punto de quiebre, de autotraición y disgregación del movimiento feminista, perdiéndose constantemente su potencialidad civilizatoria.

La intervención estratégica y continua de la masculinidad es la que instala la traición entre las mujeres y esta ha sido —no seamos inocentes— la vieja treta de desmembramiento de cualquier movimiento que cuestione profundamente el orden establecido.

Si lográramos constituir una historia propia del movimiento de mujeres, podríamos recuperar no sólo el pensamiento de las mujeres instaladas dentro de la pirámide masculinista, donde se pierde su contenido más profundo de subversión, sino que a nosotras mismas. De esta manera y por primera vez estaríamos cuestionando con detenimiento la cultura masculinista y comenzaríamos a construir una historia propia.

¿De dónde partimos? Si ni siquiera estamos de acuerdo en qué historia estamos, para unas formamos parte de la historia oficial (la de los hombres) y para otras, existimos nada más que como elementos a dominar subsumidos en la masculinidad, sin haber sido jamás parte creadora de esa historia. Este es un hecho que tendríamos que reconocer y que define las posiciones políticas que existen hoy dentro del feminismo. Entre estas posiciones existe un vacío traspasado por la desconfianza del análisis. ¿Dónde se instala dicha desconfianza? ¿Cómo hilamos una historia feminista sin negociar nuestros pensamientos, políticas y diferencias? Es un error pretender formar parte de un sistema social y cultural que se gestó, se sustenta y se enriquece sobre la base de nuestra desvalorización, explotación y anulación históricas.

Creo que el feminismo de los grandes cambios civilizatorios sucumbió una vez más, esta vez entre las arenas movedizas de la masculinidad y en el modelo light de sociedad. ¿Esta nueva traición cuánto tiempo nos va a costar? ¿Siglos, hasta que aparezca otro foco feminista que parta de cero nuevamente? ¿Cómo podemos leer como avances esta sucesión continua de olvidos y fracasos, si desde todas las luchas de resistencia que hemos tenido, no conseguimos siquiera que no se les extirpe el clítoris a las mujeres en África, que el tráfico de mujeres se acabe o que las más pobres del mundo no sigan siendo las mujeres?

El fracaso no es regocijante, es difícil de asumir, de ponerle palabras, sobre todo después de que el femi-

nismo ha ocupado lugares políticos que tenían la potencialidad de un cambio profundo. No ha habido un cambio del imaginario colectivo básico y he aquí nuestro fracaso. Aunque la vida de algunas mujeres occidentales se haya modificado en parte, teniendo más acceso que antes a un sistema que sigue sus mismas dinámicas de muerte, esto no ha aportado un cambio real a la calidad de vida de la humanidad, muy por el contrario, se ha ido tornando más inhumana. En este sentido, nuestra incorporación no es un triunfo, es un fracaso, por mucho que queramos leerlo como un avance.

Si revisamos la larga trayectoria del feminismo como movimiento político y filosófico, nos sigue faltando el paso de liberación real para no repetir infinitamente a través de la historia, esta lucha prolongada que termina una y otra vez en el punto cero de que algo cambie, para que en el fondo nada cambie. En este punto cero, la única salida que tenemos es admitir nuestro fracaso, verlo con una perspectiva histórica, para abandonar de una buena vez la estrategia arribista de la masculinidad, de sumarnos a los que sustentan el poder.

## LAS NOSTALGIAS DE LA ESCLAVA\*

Sin duda, el hecho de que la humanidad tenga una historia (un origen, un pasado y un futuro) es toda una promesa para las mujeres.

Geneviève Fraisse y Michelle Perrot<sup>5</sup>

**D**e una sorpresa poco sorpresiva he ido constatando que el último Encuentro Feminista Autónomo de Bolivia (1998) y, me temo que el Encuentro de República Dominicana, han ido perdiendo sus avances teóricos en regresiones nostálgicas a lo que fueron hasta antes de los Encuentros del Salvador y sobre todo del de Cartagena. Este último quedó suspendido en un cierto triángulo de Las Bermudas y lo político que allí sucedió se va sumergiendo en el olvido. Pareciera que en estos encuentros no existimos como pensadoras y políticas, que lo que pasó, no pasó y hasta podríamos volver a denunciar lo denunciado, a escribir lo escrito, a discutir lo discutido infinitas veces, a comenzar y a comenzar.

Esta es una de las trampas que nos tiende la feminidad para que pedaleemos en banda, dándonos la imagen ilusoria de un avance, manteniéndonos distraídas con nuestras mal negociadas conquistas.

Lo demostrado en el Encuentro de Cartagena como un hacer político desde la otra esquina, resulta necesario borrarlo, pues fue un momento de avance político, de comenzar a desatar los nudos acumulados. La visibilización de por lo menos tres corrientes dentro del feminismo disipó la lectura equivocada de que éramos un solo movimiento político reivindicativo, con el mismo interés común y con una misma base ideológica.

Logramos en Cartagena reconocernos entre las autónomas latinoamericanas, elaborando el documento de Cartagena sobre autonomía. Ahora, a menos de dos años de dicho encuentro, algunos sectores del movimiento autónomo vuelven a confundir el concepto de autonomía, como si dicho concepto aludiera a la referencia de una propuesta anarcomodernista, que no reconoce sus raíces ni su historia, y que tampoco legitima la teoría ni el pensamiento producido por todas las feministas. Con este gesto sólo conseguimos borrar las huellas de nuestro territorio, descontextualizando nuestras propuestas políticas y fragmentando un Movimiento Feminista Autónomo, reflexivo y cuestionador, mientras arremete lo institucional y sus costumbres. Estrategia del patriarcado que primero toma nuestro discurso crítico, lo adapta, lo exprime quitándole su poder transformador, lo domestica, para luego, apelando a las nostalgias de la esclava y al poder que ejerce sobre ellas, reins-talarlo/reinstalándose al mismo tiempo. Para ello, niega la existencia de quienes desde nuestras posiciones, nuestras críticas y nuestras propuestas constituimos una parte importante y rebelde del movimiento.

Los esfuerzos de algunas feministas autónomas por crear un espacio reflexivo son enormes ante los grupos que funcionan desde lo intuitivo, irreflexivo y esencialista de la feminidad; características que hacen casi infranqueables nuestras divergencias teóricas y políticas.

Después de todos estos años de pensamiento feminista, de lo repetitivo y cíclico de las dificultades que

hemos enfrentado para entendernos, para hacer políticas, para perfilar un movimiento claro en sus propuestas frente al sistema masculinista, constato que el embate contra lo avanzado proviene en gran parte desde nosotras mismas, de la interioridad de las mujeres donde está instalada esta sumisión-colaboración a la masculinidad, a su cultura y a sus estructuras de poder. El interés concreto de las mujeres de estar en el poder y en la mira de la masculinidad, queriendo visibilizarse, se sustenta en que ése es el referente que las legitima y el que ellas a su vez legitiman, aunque sea bajo la articulación de una contra-propuesta. En este juego, es donde el sistema interviene el espacio político feminista, neutralizándolo.

No debemos olvidar que los espacios feministas cuestionadores son indispensables para poder generar nuestras experiencias de lo público y, por ende, tenemos que darle las dimensiones y la metodología política que necesitamos para continuar un avance teórico y desarticular las regresiones de las nostalgias a la esclavitud y su retorno constante a la feminidad, que sólo promueve los valores de la cultura vigente.

Paralelamente a las dificultades que enfrenta el Movimiento Feminista Autónomo y a la hostilidad de los tiempos con los movimientos sociales pensantes, el feminismo institucional está escribiendo nuestra historia feminista desde el poder establecido por el hemisferio norte. La Fundación Ford contrató a dos académicas de origen latinoamericano para que ejecutaran esta historia, con la misma metodología de Beijing, es decir, hacer entrevistas, elaborar documentos y posteriormente llevarlos a discusión con las actoras, de manera de presentarlo legitimado y refrendado por el propio movimiento de mujeres feministas. ¿Quién es este movimiento que refrenda y legitima? ¿Quién las designa? Como ven, la institucionalización está pretendiendo retomar las iniciativas para contar nuestra historia a la manera oficial y responder a

sus intereses. Es grave que en este proceso participen mujeres profesionales que se dicen parte del movimiento feminista y, lo que es peor, parte del Movimiento Feminista Autónomo, abusando del pequeño poder que hemos gestado y desperfilando la propuesta del Movimiento.

En este punto clave es donde se ejecuta esta pseudo-instalación amorfa que corre a varias pistas por este gran feminismo pseudo-instalado, que va creciendo constantemente. Pareciera que esta penumbra de lo semi-instalado, se acomoda muchísimo a este ser mujer feminista, moderna, contemporánea, intuitiva, sin bordes, sin límites y semiatrevida, que permanece fiel a la feminidad masculina.

El problema de la semi-instalación es que necesita, al igual que la instalación, del visto bueno del poder de la masculinidad para sentirse en existencia. El poder masculino sigue siendo atractivo e indispensable y, aunque no se den cuenta de esto, las mujeres desean ser parte de la legitimidad, ya sea en el Banco Mundial, en el Estado, en los partidos políticos, en los restos de las izquierdas, en grupos de intelectuales o en el último gurú de moda. He aquí la trampa: cualquier grupo que quede momentáneamente fuera del poder, no pierde necesariamente el deseo de participar de los proyectos elaborados por la masculinidad. Es la marginalidad institucionalizada.

No existe otro proyecto civilizatorio en elaboración y éste es el gran triunfo de la masculinidad. A ningún grupo, por rebelde que sea al esquema social, se le ha ocurrido plantear otro proyecto de sociedad.

Por esto mismo, la relación del feminismo autónomo con las feministas institucionales es compleja. Éste es uno de los puntos que deberíamos despejar validando nuestras existencias mutuas, lo que no quiere decir que validemos del mismo modo nuestros proyectos. Es un



problema no resuelto y, a medida que pase el tiempo, se irán clarificando las posiciones, lo que hará posible el despeje y, quién sabe, podríamos reconocer nuestras mutuas existencias. Sin embargo, lo difícil, lo confuso de delimitar es la semi-instalación de las mujeres que hablan desde el feminismo autónomo y rebelde, desdibujándonos y desdibujando nuestro territorio, nuestras propuestas, nuestras reflexiones y, por ende, nuestra historia.

Sigo pensando que la autonomía se ejerce cuando no necesitamos ser refrendadas por ningún grupo de varones o de mujeres instaladas en las estructuras de poder. Cuando podamos configurar nuestras políticas, confiadas de tener un proyecto propio de sociedad humana, justo y atractivo; cuando realmente diseñemos y construyamos un cambio civilizatorio, estructurando un saber válido desde la reflexión y el ensayo, y no desde el acto mágico de la mera intuición femenil; cuando estemos en interlocución e interrelación profunda y expresada, y no vociferante con la sociedad, encontraremos resonancias en un proyecto nuevo de sociedad, que tiene en lo más profundo las mismas aspiraciones de justicia, aunque el sentido común instalado no deje ver estas potencialidades de cambio.

Desprendernos de la femineidad construida y funcional, es urgente y sólo lo podremos hacer, resimbolizando nuestros cuerpos/sexuados/mujeres, entre mujeres. Este es el acto civilizatorio fundamental para nosotras, es la única manera de que se rompa la sumisión simbiótica a la masculinidad y la permanencia de su cultura de dominio.

Las dinámicas que generamos entre feministas, han sido parte fundamental de mis preocupaciones para desentrañar la estructura de la masculinidad y la construcción –dentro de ésta– de la feminidad. Si bien es cierto, uno de los aportes feministas fue el concepto de: «lo privado es político» (poniendo la vida privada como un hecho político en sí mismo y por tanto de intervención de

lo público en nuestras vidas), hemos incorporado las dinámicas de lo privado en el hacer política; la emocionalidad y el sentir como construcción femenil, han sido superpuestas al peso de las ideas. Es aquí donde confundimos las dinámicas que tiene el espacio privado, trasladándolas al espacio público. Esto es justamente lo que ha hecho que nuestras dificultades políticas aumenten sin lograr revertir lo que el patriarcado hace tan bien: separar, aparentemente, lo privado de lo político, para reinar en los dos espacios. Esta es la trampa que nos tiende la masculinidad para fragmentar la continuidad del hilo de nuestra responsabilidad histórica.

Cada vez que hemos tratado de afinar nuestras ideas, nuestras lógicas, nuestros modos de hacer política, lo que entendemos unas poco tiene que ver con lo que entienden otras, armándose un cúmulo de suposiciones, lecturas íntimas que nos dificultan el hacer política en conjunto. Esto se refuerza además, porque manejamos conceptos y límites muy sutiles, que hacen grandes las diferencias políticas, éticas, discursivas y prácticas, teniendo en contra el sentido común instalado de la emocionalidad natural que constituye el mismo de larga data, la exaltación de la mujer por la mujer.

Toda esta historia de esfuerzos y fracasos, nos da las pistas por donde transitar y legitima la voluntad de hacer política y recuperar del anonimato a todas las mujeres, que han pensado y armado nuestra genealogía político-filosófica desde el comienzo del feminismo. Si no es aquí, ¿dónde? ¿En qué otro lugar podemos construir y participar en el diseño de nuestra historia? Dónde podríamos ir desconstruyendo esta feminidad masculina en que estamos atrapadas, sino desde un espacio político pensante de mujeres. No desde la Academia, no desde los partidos políticos, no en espacios mixtos. Primero tenemos que pensarnos y simbolizarnos desde la construcción de un pensamiento autónomo a la cultura

vigente. Esto no quiere decir que no tomemos, desde la autonomía, algunas ideas y avances de la sociedad, en una dialéctica constante de construcción de pensamiento desde la feminidad patriarcal hasta la resimbolización de la mujer pensada por sí misma. Este es el punto transformador civilizatorio, no la búsqueda de igualdades o de diferencias dentro del sistema masculinista, dado que una de las cosas importantes que nos ha quitado la masculinidad es, precisamente, formar parte de la historia. Al despojarnos de ella, nos quitó el sentido de espacio-tiempo, de trascendencia y de ideas propias sobre nosotras mismas. Sin esta base y sin el hilo de nuestra historicidad de movimiento social, el hacer política feminista termina siendo un juego de reacción que depende de la contingencia y sus poderes, es aquí donde nos arrebatan el vuelo renovador que tienen nuestras propuestas.

Existe un gesto inconsciente y funcional en nuestro largo camino, de no dar continuidad a un pensamiento acumulado por siglos. Volvemos sobre los mismos temas, una y otra vez, sin reconocer los aportes teóricos de mujeres que vienen dando luchas fundamentales para nuestra historia como las mujeres de la Querrela (ver nota 2) o pensadoras contemporáneas, como Adrienne Rich, Kate Müller, Celia Amorós, Luisa Muraro, María Milagros Rivera, Luce Irigaray, Simón de Beauvoir, entre otras. Por qué no leemos, y conocemos más y mejor a las teóricas del feminismo, que son nuestras contemporáneas y que vienen desentrañando los hilos del sistema, no sólo discursivamente sino con actos concretos y políticos. ¿Por qué tantas feministas saben tan poco de feminismo? ¿Por qué tantas mujeres no conocen, ni reconocen la historia de la que provienen, entregándole la palabra a gente que no ha estudiado, ni profundizado en el feminismo y que no sabe nada de él?

Está claro que estamos viviendo una época difícil para el pensamiento y los movimientos sociales que

proponen la desconstrucción del sistema, como es el Movimiento Feminista Autónomo. Por lo tanto, es riesgoso que nuestras estrategias políticas sean mal evaluadas, sin conciencia de lo que ello significaría políticamente para el futuro de la humanidad.

Me pregunto ¿cuál es esta trampa de olvido que borra nuestras huellas?, como parte de una feminidad natural, de ese mujerismo que nos deja atrapadas y que nos hace caer en los cortes/conflictos/generacionales, que son tan útiles para la masculinidad y que tienen costos graves para las mujeres en esta historia siempre fragmentada, nunca hilvanada y sin reconocimiento de trayectorias, que nos hace perder la pista al caer en un igualitarismo equivocado. Todo esto nos impide armar un cuerpo político que se contraponga y resista la reestructuración y reorganización constante del sistema. Me refiero a la urgente necesidad de perfilar un pensamiento feminista autónomo e independiente que proponga nuevas estrategias ante los dobles discursos de la macrocultura masculinista, que nos arrastra cada vez más a un sistema donde, poco a poco, nuestras pequeñas conquistas serán revertidas.

## LA DEMARCACIÓN: CÓMO SEÑALAR NUESTROS LÍMITES

**D**urante estos últimos tiempos, en relación a las diferentes corrientes que el pensamiento feminista ha ido generando, el tema de los límites produce mucho malestar entre las mujeres, porque el expresar diferencias es aceptado con un despliegue discursivo sobre el amor, la tolerancia, la amplitud y la democracia, es decir, con un discurso incluyente donde todo cabe. Si de estas explicitaciones de diferencias nace la necesidad de establecer límites, inmediatamente se produce un malestar que redundará en un discurso rabioso y personalizado, de sentirse medidas, clasificadas y, por último excluidas, que se traduce en un sentimiento de rechazo y en no asumir las diferencias y sus protagonistas. Por supuesto que aquí también está en juego parte del mínimo poder que hemos generado.

La falta de límites es y ha sido una de las claves más importantes en la construcción, constitución y creación de la feminidad, que marca nuestros cuerpos sexuados por

la culpa y nos signa como objetos disponibles de ser tomados para siempre o por un rato, con o sin nuestro consentimiento. Creo que el poner límites en nuestras vidas es un aprendizaje nuevo y difícil. No sabemos ejercer este derecho de individuación sin sentirnos culpables de escapar a la estructura de la feminidad, diseñada para la entrega total, a través de amores y maternidades ejercidas sin restricciones.

En la historia de mujeres, la que transgrede estos bordes y se sale del espacio demarcado de la feminidad, se sitúa en una peligrosa frontera donde pierde violentamente la solidaridad de casi todo el mundo, incluso, de las propias mujeres, cuya solidaridad tiene un límite claro dentro del espacio simbólico de la feminidad y de las reglas del amor y la familia.

Los valores con que el sistema nos lee y con los que nos leemos, se relacionan con la incondicionalidad a la feminidad. En nuestra memoria aún residen las fidelidades absolutas hacia el cuerpo masculino y, a través de él, a su cultura y sus proyectos de sociedad. Cultura que se entiende como la única posible.

La masculinidad construye civilización desde la exclusión, la explotación y la violencia, basadas en el sistema de dominio. Ésta es su lógica, así entiende la vida desde el entramado de una razón fraccionante, piramidal donde los límites se convierten en muros, rigidizando y estratificando a los seres humanos.

Los varones se otorgaron espacios propios, territorializaron, estratificaron y delimitaron sus mundos para desarrollarse, pensarse y simbolizarse y, al mismo tiempo, pusieron límites claros a la necesidad de individuarse como personas y sujetos políticos. Estos espacios fueron constituidos y simbolizados sin la presencia y la participación de las mujeres.

La masculinidad se ha construido desde una lógica anti-mujeres, especialmente en términos colectivos,

ya que individualmente —no siempre— rescata a mujeres de su propiedad: como la madre, la esposa y la hija.

Esta misoginia con que se fundó el patriarcado ha permeado todo el sistema. La acusación banal de anti-hombres con que constantemente somos signadas las feministas radicales, con la impaciencia y descalificación acostumbradas, ha afectado a las mujeres en su legitimidad y a los espacios que necesitamos para entendernos y entender la feminidad, para desprendernos de ella y rearmar otras ideas acerca de nosotras y nuestra historia.

La masculinidad logró instalar la idea histórica de que los hombres son los únicos que trabajan, los que nos han mantenido y han tenido la responsabilidad de la producción. La feminidad, por lo tanto, está en condición de débito y de colaboración, situándonos en el espacio de la dependencia. Asimismo los hombres, especialmente los blancos, establecieron límites profundos y oscurantistas para permanecer en el poder y mantenernos —a través de la construcción de esta feminidad— tanto fuera de él, como del crear, del pensar (pensarnos) y, por supuesto, del hacer sociedad.

Ningún hombre vive la experiencia que tiene una mujer cuando se adentra en el mundo del pensamiento, cuando va en búsqueda del saber, de los que pensaron y crearon, los grandes hombres (filósofos, escritores, científicos, entre otros) que constituyeron nuestra cultura y sus órdenes simbólicos y valóricos. Toda mujer, en esta búsqueda, se encuentra desde el inicio no sólo con la exclusión, sino con el insulto, la descalificación y la humillación profunda de deslegitimación de nuestra condición de humanas.

Hemos ido rompiendo y trepando muros para acceder a los espacios masculinos de poder y su cultura, proceso que ha sido importante para entendernos dentro de la masculinidad patriarcal. Sin embargo, este proceso ha tenido altos costos, al instalar grupos de mujeres en el

patriarcado, funcionalizando los aportes del feminismo y convirtiéndose en meras colaboradoras.

En lo que hemos avanzado, lo más importante ha sido construir espacios políticos propios, donde pensarnos y actuar con otras mujeres, donde hemos ido deshilando feminidades, conociéndonos y re-conociéndonos como seres humanas completas. Desde este lugar podremos re-establecer relaciones con el conjunto de los seres humanos, en un plano horizontal y en la comodidad de una cultura otra, que ahora sí nos va a contener y pertenecer.

La capacidad de re-simbolizarnos desde nosotras mismas, nos otorga un poder propio, libre y autónomo, sin referencia a la masculinidad. Por lo tanto, es un poder inédito y un espacio donde es posible generar nuestra capacidad civilizatoria.

Cuando ponemos límites claros y estos están expresados los aceptamos, porque, a su vez, van constituyendo nuestros propios límites/libertades de los diferentes grupos humanos, ya que en cada límite existe un colindar con los otros. El problema surge cuando es el poder quien impone estos límites, construyendo así los cortes/conflictos.

Los discursos que construyen y transforman estos límites en muros esencialistas aluden a condiciones naturales y/o divinas para hacerlos inamovibles desde lo humano. Por ejemplo, los negros son flojos por naturaleza, las mujeres, intuitivas y desde la divinidad –otro espacio inamovible – representamos la tentación y el castigo. Estos muros encierran la vida y la inmovilizan en espacios estancos, produciendo exclusión, explotación, racismo, clasismo, sexismo, etcétera. De la misma forma, el sospechoso discurso, difuso e incluyente, de las buenitas y los buenitos, de las mujeres y de los varones, que alude a su parte femenina, desdibuja los límites y se funda en sentimientos románticos amorosos, como si éstos no fueran el resultado de ideas que nos atrapan en



una comodidad ligosa, desresponsabilizándonos de lo que vamos construyendo como sociedad.

El problema radica en la lógica de dominio en que se sustentan estos discursos, transformándolos en muros. Existe un muro especialmente conocido por nosotras: el muro casa/calle, que siempre nos ha mantenido alejadas de la calle/plaza como el lugar del saber, del organizar sociedad y hacer política.

Históricamente el muro nos deja fuera, o más bien «nos encierra puertas adentro». No nos extrañemos entonces –con esta historia de encierros, designada y simbolizada por otros– que en el proceso de liberación, la gran mayoría de las mujeres no quiere saber nada de límites y que el tema las ponga nerviosas, porque todas sabemos lo limitadas/ilimitadas que aún estamos y cómo nos vuelven constantemente a encerrar en este doble juego. Entonces, ¿cómo no caer en lo reactivo/inactivo, todo clausurado y/o todo abierto?

Estos muros contienen la lógica de la guerra, están puestos en el juego de la toma y la defensa. La historia patriarcal, es una historia de muros: el muro de Berlín, el muro de Río Grande, la Muralla china, los muros de los castillos. Unos más extensos que otros, unos más actuales que otros, pero todos encierran espacios de poder y dominación, constituyendo modos de vida que responden a parcelaciones voluntaristas y hegemónicas de las potencias masculinas y sus intereses.

Hoy pareciera que el proceso de globalización estuviera aludiendo a la destrucción de estos muros, sin embargo, lo que el poder ha hecho es desmontar algunos, para rearmar bloques más extensos y poderosos. Sólo ha roto algunas fronteras para empoderarse (¡¿estrategia tan recurrida por el feminismo y recuperada por la masculinidad?!). Los muros de hoy, más que los de ayer, se multiplican y se construyen principalmente en relación a la pobreza y al saber.

El Movimiento Feminista Autónomo es un espacio delimitado, donde la actuancia es una necesidad y una responsabilidad para constituir un poder transformador que afecte al imaginario colectivo. En la constitución de este espacio del actuar en conjunto, iremos construyendo la amistad política, que desmontará la desconfianza y la traición entre mujeres. Desmontar el orden simbólico de la feminidad es uno de los territorios políticos más importantes para la construcción del Movimiento Feminista Autónomo e Independiente, mucho más importante que acceder a las pequeñas parcelas de poder que la masculinidad nos pueda otorgar. Nuestro hacer política sigue marcado por una cierta incondicionalidad al amor en femenino, a este saber amar de las mujeres. ¿Cuánto habrán tenido que transar nuestras abuelas, madres y cada una de nosotras, al asignarle al amor el tributo de respetar la falta de respeto y dignidad de parte de los hombres y de las mismas mujeres?

Debemos entender de una buena vez, que lo que nos constituye como especie humana es la capacidad de crear, pensar, comunicarnos, elaborar modos de relaciones, ethos y mores, o sea, de crear cultura.

Estas no son condiciones exclusivas de la masculinidad, a pesar de que se hayan apropiado de todas estas capacidades de lo humano, y las ejerzan desde una lógica de dominio, que constituye finalmente una macro cultura guerrera/racista, misógina, estructurada en hegemonías, depredadora de su propia sociedad y del corpus que la contiene.

La asignación del carácter de lo humano a un solo cuerpo sexuado es producto de la cultura dirigida por varones desde una lógica dominante y excluyente. El peligro radica en que desde el feminismo seguimos sancionando y rechazando estas cualidades creadoras (aparentemente masculinas), sin visibilizar la lógica que constituye la masculinidad y su cultura de dominio. Se exalta

como contrapartida lo femenino intuitivo e irracional, tenebrosamente construido desde las fantasías del patriarcado, que estigmatiza de autoritaria y patriarcal a cualquier mujer que asuma las cualidades de pensar, crear, hablar y organizarse. Mientras más independiente de la masculinidad, más sancionada es.

Cuando hacemos política y desarrollamos ideas, tenemos que marcar diferencias, poner límites claros entre unas ideas y otras, entre lo que aceptamos y no aceptamos como límites éticos. Hacemos juicios sobre lo que encontramos perjudicial y feo para la humanidad y para nosotras mismas. Nuestros discursos y nuestras actuaciones marcan espacios con límites, querámoslo o no, y mientras más conscientes estemos de ello, más claros serán los límites y los podremos conocer y demarcar mejor.

Lo que ha ido sucediendo dentro del movimiento feminista es que no ha asumido ningún límite. Todo límite tiene que ver con la construcción de una ética. En este hacer política demarcando territorios, debemos poner atención en cómo remiramos y procesamos la información que vamos aprendiendo en este hacer y que nos hace rehilar lo íntimo, lo privado y lo público. Ir transformando nuestras relaciones con los otros y con nosotras mismas, dejándonos fluir de un espacio al otro, sin confundirlos, sin negar ni clausurar cualquiera de ellos, es lo que nos diferenciará de lo que hoy sucede en el hacer político dominante, esquizofrénico, donde lo que se propone es todo lo contrario a lo que se hace.

Hasta ahora dentro del movimiento feminista, hemos convocado a las mujeres con un doble mensaje: a espacios libertarios y gozosos desde nuestras historias de oprimidas, urgiéndolas a romper los límites/ilimitados que los varones nos han señalado y que tenemos internalizados. Sin embargo, la mayoría de las feministas terminan por proponer políticas basadas en nuestras carencias, lis-

tas de demandas por igualdades que nos hacen perder la visión política y que terminan por fragmentarnos dentro de la feminidad.

A medida que vayamos avanzando y profundizando los límites entre pensamiento y reproducción de la feminidad, iremos ejerciendo nuestras capacidades de lo humano, pues, justamente porque estamos ejerciendo estas capacidades, es que nos vemos enfrentadas a delimitar nuestras diferencias políticas, que son básicas y profundas, y que nos hacen comprender que no por poseer un cuerpo sexuado mujer, permanecemos juntas en este hacer política.

Los pequeños poderes constituyen uno de los problemas que enfrentamos: las mujeres se aferran a cualquier pequeño poder, que no es más que lo que históricamente hemos tenido, disfrazado de amores y maternidades. El poder ejercido en plenitud por los legítimos gobernantes, militares, eclesiásticos, etcétera, es visible, tiene sus herramientas claras, es fuerte, violento, deshumanizado y reconocible. Sin embargo, este otro poder del que hablo, suave y agazapado, es el que ha permeado a las mujeres y a gran parte del movimiento feminista, en su historia, en su memoria, en sus mores y ethos. He aquí otro espacio político para trabajar.

Quiero ejemplificar y responsabilizarme de lo que digo, no quiero hacer política con una mujer que no tenga una reflexión clara sobre el aborto y que no plantee desde esa reflexión, el derecho que tiene cada mujer sobre su cuerpo, sobre su destino y sobre sus decisiones, pues nadie tiene derecho, ni propiedad sobre ninguna persona. No quiero hacer política con una mujer neoliberal, clasista, racista, misógina, etcétera. Puedo, quién sabe, en ciertas circunstancias hacer una campaña sobre una demanda específica para las mujeres en un mejoramiento relativo e inmediato de sus cotidianos, siempre que sea una negociación con límites claros y que

no me sorprenda involucrándome en algo que haga permanecer vigente a este sistema cultural masculinista depredador, al cual no sólo no adhiero, ni creo modificable y al que responsabilizo, además, de gran parte de las miserias a las que hemos llegado como humanidad.

Hay muchas cosas que he aprendido en estos años, algunas no quiero repetirlas, porque mi evaluación es que terminaron siendo funcionales al sistema, algunas de estas funcionalidades corresponden a nuestros procesos al interior del movimiento y otras aluden a nuestras políticas públicas. No quiero estar en ningún espacio político, donde la dimensión política, el hacer política y el entendimiento de la política sean focalizados hacia los poderes institucionales o que, como contrapunto, se focalicen hacia los espacios privados (la pareja, el sexo y/o la familia). No quiero hacer política, con personas que, si bien hablan de la importancia del movimiento de mujeres y el movimiento feminista, sus compromisos no están puestos en la construcción de éstos y ni siquiera respetan sus espacios, irrumpiendo en ellos sólo cuando les son útiles. Por sobre todo, no quiero hacer política con mujeres que no cuestionen la feminidad, ni asuman una actuación política feminista responsable, crítica y evaluativa.

El feminismo es un lugar histórico que ha producido diferentes miradas ideológicas, filosóficas, económicas y políticas. Cuando se han podido demarcar estas diferencias, se han generado corrientes que lo enriquecen y multiplican. Capitalizar estos conocimientos, saberes y poderes en un solo grupo hegemónico que se apodera del movimiento y lo negocia, es justamente volver a hacer política patriarcal sin límites, que no se plantea en contra del neoliberalismo, del sexismo, del racismo ni del clasismo y, lo que es peor, reinstala constantemente la feminidad.

Por esto la palabra militancia me produce estragos, porque evoca la adhesión incondicional al sistema

de poderes establecidos: partidos políticos, iglesia, militares, etcétera. La militancia es masculina y patriarcal en su totalidad, ya que ni los partidos políticos ni las religiones han desmilitarizado sus adherencias, porque no han sido capaces de interrogarse y repensar la lógica/lenguaje de dominio que los constituyen.

Cómo podemos resimbolizar un compromiso desde otra mirada, desde otra esquina, sin caer en la desresponsabilidad con que se ha sido parte del movimiento feminista, donde fácil y periódicamente se abandona este hacer política, sin darle la prioridad y continuidad que merece en nuestras vidas, dejando poderes y saberes sueltos que se recogen sin ninguna perspectiva feminista transformadora, por cualquier persona o grupo político.

Para colindar con otros/otras necesitamos del cuerpo que nos contiene, con él tocamos la vida. Nuestra piel es un límite, aunque no terminamos en ella. Nuestra piel es el límite que señala nuestro propio territorio corporal y luego viene ese colindar con lo otro/las otras. Del mismo modo necesitamos una corporalidad política, un territorio de existencia demarcado, desde donde establecer nuestras propias propuestas políticas civilizatorias. El límite es un acto del pensar que construye éticas y libertades.

La palabra que constituya la pertenencia al Movimiento Feminista Autónomo, tendrá que aludir a una continuidad que legitime la historia del movimiento feminista y del grupo en el cual se practica su actuación. Una no puede resimbolizarse sola ni en grupos de mujeres unidas por lo laboral, familiar o ayudismos varios (monjas, damas de rojo, etcétera), esto tiene que ser a través de una actuación feminista entre mujeres y en el reconocimiento de capacidades y saberes, autoridad y autorías, con nombres y apellidos, he aquí otro territorio que remarcar, reseñalizar y, finalmente, renombrar.

Esta actuación feminista, nos significa individualmente y nos constituye en grupos políticos, reconocidos

y diferenciados, que nos saca de la masa amébrica. En estos espacios demarcados, podremos finalmente construir la amistad política entre mujeres que desconstruya, a su vez, la misoginia y la traición entre mujeres.

## Sobre las alianzas

**P**ensar en alianzas posibles dentro de la cultura masculinista es un gesto ingenuo, tenemos que convencernos de esto y asumir nuestro hacer político desde otros territorios, para interactuar con el resto en la sociedad, para ir instalando nuestras propuestas en el imaginario colectivo. Este hacer político poco y nada tiene que ver con las propuestas que se generan dentro de la masculinidad, aunque la masculinidad siempre nos quiere en sus alianzas, en pactos históricos, donde hemos sido la fuerza colaboradora de la sociedad masculinista, en la guerra, en la producción, en la moral, en la ecología, en la iglesia, en la educación y así infinitamente.

Como individuos algunos hombres pueden ser grandes aliados, pero no en colectivo, pues en esos espacios recuperan y retoman la memoria de la masculinidad. El pacto entre ellos resitúa en la secundaridad la colaboración con las mujeres.



Los espacios políticos organizados donde se nos invita a participar, deberían ser para nosotras sólo lugares de observación, para conocer siempre más acerca de los poderes de la masculinidad, sus dinámicas, sus códigos, pero sin confundir la demanda de participación y de colaboración, y de aportar nuestras ideas, pues éstas serán utilizadas y tomadas desgraciadamente sin sus lógicas transformadoras. En esos espacios se instalan las regalonas del patriarcado sean de derecha, izquierda, ecologistas, feministas, etcétera. Con estas mujeres se entiende el sistema masculinista, porque responden a la memoria de relación entre la masculinidad y la feminidad. Son estas mujeres las que el sistema masculinista legitima, y son éstas las que finalmente negocian al resto de las mujeres y toda la potencialidad del cambio civilizatorio.

El sistema jamás les otorgará ni el más mínimo espacio de visibilidad a las radicales, ya que obviamente sus propuestas atentan contra él, porque la propuesta radical feminista es justamente desconstruir la mesa donde el poder patriarcal se apoya, donde invita a conquistar a codazos un lugar.

Nuestra propuesta es construir otra mesa que no esté cargada y signada por las sobras del poder masculinista. Donde por lo demás hemos aprendido a repartir tan mal la comida, donde siempre el plato grande es de algunos.

Las que se organizan dentro del sistema, aunque pretendan hacer una resistencia al modelo neoliberal recogiendo en sus discursos parte del malestar popular, no cuentan con una propuesta realmente alternativa, porque elaboran dichas propuestas dentro de la cultura vigente y sus dinámicas de dominio. Se estructuran desde el reclamo y no desde el cambio del imaginario y fundamentalmente desde el cambio de la lógica del sistema patriarcal. Por esto las revoluciones de la modernidad

han fracasado y prevalece el modelo mítico de la superioridad masculina.

Sin embargo, hay gestos políticos que traspasan esta legitimación del modelo, cuando el movimiento negro en Estados Unidos dijo: lo negro es bello, dejaron de pedirles a los blancos (el sistema) que los legitimara, y empezaron a armar una mesa distinta, pero como todo gesto político elaborado dentro de la masculinidad finalmente pasó a ser parte de dicha cultura, como tantos otros movimientos revolucionarios. Distinto es cuando Adrienne Rich rechazó la Medalla Nacional de las Artes que debía recibir de manos del presidente Bill Clinton, diciendo: «Tengo una profunda fe en la inseparabilidad de las artes con la sociedad. No puedo recibir un premio del gobierno mientras veo tanta gente marginada, usada como chivos expiatorios y asediada. No siento que pueda aceptar una medalla cuando se aplica dicha política».

Estos gestos, desde un lugar otro trascienden, y nos reivindica a las feministas autónomas e independientes, legitimando nuestras críticas, nuestras políticas y dando cuenta de las/los que se hacen cómplices con las políticas hege mónicas.

Nuestro desafío pasa por esta capacidad de repensarnos como sujetos mujeres, sólo lo podremos hacer si estamos dispuestas a vivir la vida como un destino modificable.

## DESDE LA OTRA ESQUINA

**H**ablo desde un lugar muy definido, que es el Movimiento de Mujeres Feminista Autónomo e Independiente (MOMUFA), en el cual hago mis prácticas políticas, me instalo en lo público y – lo que es más importante– es el lugar donde pongo en circulación mis ideas y las confronto con otras. Ésta es mi otra esquina, la mirada desde otro lugar. Así la llamo, porque desde esta mirada otra, hemos ido descubriendo lo profundamente arraigado del dominio y del odio/amor de esta cultura hacia las mujeres.

Sin este lugar político, me parece imposible desentrañar la profundidad del entramado del sistema, lo implicadas que estamos y la responsabilidad de asumir, analizar y actuar desde nosotras mismas, sin modelos preestablecidos y fracasados, aunque suframos el vértigo que produce la libertad.

Desde esta otra esquina he podido proyectar un sueño, el sueño del cambio civilizatorio. El sueño de una

cultura que no esté basada en el odio/amor, sino en el respeto, de una cultura que no esté basada en el dominio, sino en la colaboración.

Este sueño permite que el feminismo –desde mi punto de vista– traspase la demanda de incorporación a la cultura vigente y se abra a todas las potencialidades creativas y de responsabilidad que como humanas tenemos.

El cambio que percibo como posible y que involucra a todas y a todos, es mucho más complejo de lo que pudiera entenderse y mucho más global y profundo de lo que algunos feminismos han estado proyectando.

En los últimos tiempos, en que la instalación de las diversidades se ejecuta como una fórmula perfecta para extraer las potencialidades de cambio que tienen los movimientos sociales, el feminismo se ha reducido a una categoría de análisis (perspectiva y estudios de género), al interior de las estructuras académicas, suplantando los liderazgos políticos por experticias inofensivas para el sistema y nocivas para el movimiento de mujeres, al mismo tiempo que se pierde como movimiento político cuestionador. Para ejecutar la instalación de este feminismo ha sido necesaria la acomodación del discurso a las posibilidades que ofrece la cultura, a la vez que la cultura ha ido acomodándose para recibir a ciertas mujeres. Esta acomodación se lee como cambio cultural, que no sólo no lo es, sino que, por el contrario, contribuye al fraccionamiento del pensamiento feminista y marca el triunfo de la masculinidad.

Quien sostenga que el patriarcado ha ido humanizándose, no ve cómo el racismo y la xenofobia están impregnando todos los espacios de nuestra cultura, incluso aquellos donde históricamente se construía pensamiento libertario, universidades y partidos políticos de ideas progresistas.

Quien sostenga que el patriarcado está humanizándose no quiere ver que la supremacía de la raza blanca se ha ido empoderando sobre el resto del mundo y que la

explotación y la pobreza son mayores que hace veinte años. No quiere ver tampoco los miles de tercermundistas tratando de escapar despavoridos de las hambrunas, sequías y guerras, sin poder saltar el muro invisible que ha levantado el Primer Mundo para mantener sus privilegios.

Asimismo, quienes interpretan la presencia de las mujeres dentro de las estructuras de poder como un signo de avance y de cambio no tienen en cuenta que el sistema de dominio no ha sido afectado en lo más mínimo, que el acceso de las mujeres al poder desde lo femenino no lo modifica. Las relaciones de género pueden cambiar, sin embargo, no varía la constitución de la masculinidad. No es que ahora estemos accediendo al trabajo, pues siempre hemos trabajado en el departamento de mantención del patriarcado y sus ideas, y ahí continuamos.

El patriarcado desde su fundación es un pacto entre varones basado en sus valores, en sus ideas de sociedad y, especialmente, en la colaboración que le debemos las mujeres. Lo que no ha existido jamás en la historia es un pacto político entre mujeres; mientras no hagamos pactos entre nosotras no seremos capaces de hacer una política alternativa. Pero no se trata de cualquier pacto. No me refiero a pactos que estén basados en el hecho biológico de ser mujeres, sino que se sostengan en sistemas de ideas y propuestas éticas y, sobre todo, que no tengan como referente ningún proyecto político de la masculinidad.

Cuando el juego de ideas y valores de algunas mujeres se constituyan en propuestas y se comparen /confronten con los otros juegos de ideas y valores de otras mujeres, sabremos si es posible hacer este pacto. Observemos en la historia y el tiempo la cantidad de juegos de ideas y valores que tienen los varones: desde la derecha a la izquierda, o desde sus religiones (católica, protestante, budista, mahometana).

Este pacto se asienta en la relación que los varones establecen con la mujer, con esta otra diferente, con esta otra que les produce miedo, a quien desean y odian a la vez.

El pacto entre varones construye la misoginia, sólo de esta manera puede ejecutar el dominio, que se traduce en la servidumbre de cuidar y mantener su cultura.

Para que la misoginia perdure, la cultura pactada por los varones universaliza sus ideas promoviendo, desde el poder, el desprecio interno que cada mujer tiene hacia su propio ser y el deseo de ocupar el lugar del otro, o sea, el del hombre. No es la envidia al pene con que nos resume Freud, sino el deseo de lo que nos constituye como humanas: crear, pensar, hablar y, por último, construir cultura.

Establecer un pacto entre mujeres es difícil. Cada vez que comenzamos a leernos como sujetos con proyecto político, estamos asumiendo la responsabilidad de diseñar sociedad para todos y con todos. Esto produce miedo porque se sale del ámbito de lo doméstico, de lo conocido, de lo mujeril. Entonces nos refugiamos en la feminidad patriarcal, en la imagen que nos ha entregado de nosotras mismas, donde se supone que el sólo hecho de ser mujeres nos hará estar en sus ideas y proyectos, de esta manera no constituimos pacto entre mujeres. Reconocer proyectos políticos generados por mujeres se nos hace prácticamente imposible, porque estamos sumergidas en las inseguridades afectivas que tenemos por nuestra propia misoginia.

Algunas mujeres fácilmente llaman patriarcal cualquier expresión de lo humano atrapada en la simbólica de lo masculino: la autonomía, el ejercicio del conocimiento, la independencia, les es necesario permanecer en la feminidad patriarcal, ser buenas, acogedoras, no discutir, necesitar al otro/a.

Es tan fuerte la marca misógina que nos dejó el patriarcado que apenas logramos constituirnos, empeza-

mos a negociar nuestras ideas con la masculinidad, ya que cuando no se ha gozado del poder público, cualquier pequeño poder se confunde con éste.

La propuesta de desmontar el patriarcado tiene, en primer lugar, una afirmación: el patriarcado existe, está vivo y coleando, remozado en la masculinidad. Hay que conocerlo y reconocerlo muy bien para poder desmontarlo. Si declaramos que para nosotras esta cultura es inaceptable, nuestro objetivo será lograr un cambio civilizatorio-cultural y estructural.

Si pensamos que el patriarcado no existe, o ha terminado, o que podemos hacer nuevos pactos con él (ya que siempre hemos hecho pactos con el sistema), estamos asumiendo que no tenemos ninguna otra posibilidad que vivir la vida como un destino inmodificable y, por tanto, aceptamos todas las contradicciones, aberraciones e injusticias de una cultura imposibilitada de cambiar.

El problema radica en no confundir los deseos de cambio con el deseo de estar y gozar el sistema de poderes del patriarcado, argumentando que se está allí para generar cambios. Ese «estar» en el patriarcado implica impregnar el discurso con una demagogia que confunde los objetivos, borra y desvía las lecturas de la realidad y, finalmente, nos hace renunciar a las políticas que podrían desmontarlo. Instalarse en las instituciones del patriarcado implica hacer nuevamente el trabajo de mantenimiento del sistema.

Existe una confusión respecto del feminismo, asimilándolo a una biografía de segregación común a todas las mujeres, esto no es más que un punto de partida. El feminismo en sí es un espacio histórico y político de desarrollo del pensamiento de mujeres, una teoría de cambio político intransable, que tiene ver con la ética y que no se puede negociar con propuestas que difieren y contradicen sus principios básicos.

Es necesario aclarar que el Movimiento de Mujeres Feminista Autónomo (MOMUFA) no invalida a otras propuestas feministas, ni las políticas que éstas hagan con el sistema, lo que no impide que denunciemos las políticas que se hagan a nombre del movimiento feminista, que se apropien de la historia del feminismo para transar y negociar con el sistema. Esto corresponde a un robo intelectual de siglos que me parece lógico que lo haga la masculinidad frente a un movimiento que lo cuestiona, pero que lo hagan las mujeres me parece que corresponde a la pulsión de traición con que fue simbolizado lo femenino desde el mítico inicio divino de la humanidad.

De alguna manera las negociaciones pasan por la instalación de lugares, algunas ramas del feminismo también han sufrido este proceso de instalación y de negociación de las propuestas más radicales del movimiento, neutralizando justamente lo que hace del feminismo un proyecto civilizatorio de cambio profundo, por esto nuestra denuncia y la demanda de que se especifique claramente desde qué lugar se habla y cuáles son los intereses políticos que sostienen. ¿Por qué la denuncia? ¿Por qué las exigencias de pronunciamiento dentro del feminismo? ¿Por qué el debate?

Porque las políticas que hacemos unas y otras no son complementarias y no convergen hacia el mismo fin. Al tomar la representación del feminismo y de las mujeres desde la institucionalidad, nos invisibilizan, niegan nuestra propuesta. Pues detrás de todo proceso político, hay también intereses económicos, institucionales, de poder y responsables con nombres y apellidos.

Si queremos realmente ensayar otra democracia, una democracia contenida en una cultura de colaboración, no podemos estar con la democracia del dominio, no podemos estar con la democracia jerarquizada y autoritaria del modelo masculinista. Si no hay una disposición a poner en cuestión la familia como base de la sociedad,



si no hay una disposición a cuestionar la consanguinidad y sus primitivos órdenes jerárquicos, no podemos hacer proyecto político común.

Nuestra propuesta es pararse en la otra esquina para mirar, pensar y comenzar a diseñar una nueva sociedad.

## UN GESTO DE MOVILIDAD, ARTICULAR UN AVANCE

**E**l feminismo ha crecido, ha profundizado sus conocimientos y se han multiplicado los lugares desde donde las mujeres construyen diversos proyectos feministas. Los desafíos que hoy tenemos son diferentes a los del 70 y 80, cuando comenzábamos a reconocernos a través de las propias historias personales, coincidencias de existencia y ese eterno descubrirse de las mujeres. Nuestras diferencias, entonces, eran menos significativas de lo que son ahora o simplemente las situábamos en un lugar oculto de nuestro proceso.

El hacer política feminista hoy está atravesado por un problema ético, es decir, tenemos que asumir responsablemente lo que ocurre en el mundo, ya que formamos parte de él. Si se implementan políticas desde un sistema de valores que posibilita el hambre, el racismo, las fobias, debemos plantearnos desde otros valores, de lo contrario revalidamos el sistema y nos hacemos cómplices.

Un ser político construye sus políticas desde los valores que acepta como válidos, almacena ideas y sentimientos que se construyen a partir de ellos. Toda cultura instala una gama de sistemas de valores, de sistemas morales que aparecen como lógicos, únicos e incuestionables.

La responsabilidad ética e individual pasa por leernos como interventoras desde nuestro propio margen de valores, en cuanto hacemos política como una forma de construir una sociedad diferente, para ello es necesario leernos como seres políticos. Nadie es neutro dentro de una sociedad, las mujeres, sobre todo, cargamos un sistema de valores que no nos pertenece genéricamente, que forma parte de una cultura eminentemente masculina que nos socializa para estar casadas, para ser complemento de algo, al mismo tiempo que nos caza la lógica de los grupos hegemónicos masculinos que asumimos como propia, reduciéndonos e instalándonos en un espacio reproductor y no creador.

Nuestras prácticas políticas se encuentran signadas por estos valores que necesitamos replantear. Rearticular un sistema de valores debe reflejarse no sólo en la construcción de un discurso, sino además, estar traducido en sus prácticas políticas, para que pueda instalarse en el imaginario colectivo.

El feminismo –desde mi perspectiva– apuesta a un sistema de otros valores y símbolos que hace posible construir sociedad en colaboración y no desde el dominio. Cambiar el imaginario colectivo pasa por entender la vida de otra manera, no como una lucha de sobrevivencia del más fuerte, ni marcada por el amor sistémico.

Para el feminismo autónomo es muy importante demarcar el espacio político, es decir, desde dónde estamos generando un discurso y cómo lo reflejamos en nuestras prácticas. Esta responsabilidad conlleva el desafío de expresar concretamente qué es lo que queremos

cambiar y, desde dónde nos situamos para elaborar un orden de cambio. Mientras adornemos nuestras prácticas con discursos paralelos, ajenos y ambiguos, perderemos el punto de partida y sólo conseguiremos aplazar la discusión entre nosotras.

Aunque parezca mesiánico proponer otra civilización y cultura, no lo es, si tomamos conciencia de que los avances del sistema cultural vigente, sus valores y sus modelos estructurales de desarrollo, nos están arrastrando a una deshumanización brutal. No tenemos otra alternativa que plantearnos un cambio, pues el fracaso de este modelo de civilización es evidente.

Hablar de un cambio cultural/civilizatorio profundo en este momento, es hablar de los valores con que queremos construir sociedad y que, por supuesto, se basan en nuestras ideas de libertad, de desmontar una cultura discriminatoria y violenta. Sabemos que nuestros problemas pasan por una práctica política que contiene este desafío ético. Creo que el feminismo, los poderes y los problemas de dinero que en él existen, nos llevan a la necesidad imperiosa de aclarar las diversas posiciones filosóficas y políticas contenidas en el movimiento. Ya no se trata solamente de conseguir ciertas mejoras para la vida de las mujeres, no nos bastan las conquistas de espacios de igualdad, ni las pseudo conquistas legales, pues éstas se nos han revertido la gran mayoría de las veces, instalando pequeñas élites de mujeres funcionales a las propuestas del sistema, que asumen la voz de todas desde el terreno del privilegio, pero que igualmente son discriminadas y recuperadas dentro de los sectores del poder. El poder necesita justamente integrar a la mujer al sistema, no requiere de grupos sociales y políticos que lo cuestionen, impugnen ni menos que propongan otro sistema.

En este punto, quiero destacar que el feminismo es una proposición que involucra a todas y a todos los

que construimos sociedad. Por lo tanto, nuestra pasión, desde el feminismo autónomo, tiene una trascendencia que va más allá de arreglar contingentemente los problemas de un grupo significativo que habitamos este planeta.

Pretender a estas alturas que el movimiento feminista sea un paraguas que nos contenga a todas, es para mí una especie de omnipotencia que nos fuerza a estar reunidas, donde las que sostienen el mango puedan hablar en nombre de todas. Es aquí donde debemos hacer una línea divisoria entre las mujeres que, desde el feminismo pretenden alcanzar una plataforma del poder institucional y las mujeres feministas que intentamos desmontarlo.

Construir un Movimiento Feminista Autónomo, es una necesidad política, como espacio de aprendizaje y de diferenciación, para descubrir nuestras complicidades, visualizar nuestras esclavitudes y nuestros procesos creadores, proponiendo el cuestionamiento, la formulación y la no pertenencia a los órdenes discursivos institucionales que nos silencian. Ya que no hay política, ni estrategias ni conquistas que podamos alcanzar, sin la existencia de un espacio feminista autónomo pensante, actuante y en discusión.

Después del 7º Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, celebrado en Cartagena, ya no se puede hablar de un solo feminismo latinoamericano, con diferentes expresiones; hay que hablar de corrientes: feminismo autónomo, feminismo institucionalizado, no feminismo, feminismo neoliberal, ecofeminismo, entre otros, o sea, de vertientes de pensamiento, de sistemas de ideas con sus respectivas expresiones más o menos orgánicas, con sus diversidades y diferencias.

Este encuentro marcó un cambio. Allí quedó claro que nadie tiene el derecho a representar, hablar o negociar a nombre del Movimiento Feminista Latinoamericano y del Caribe. Que al tomar la represen-

tación de las políticas del feminismo de este continente, se está atropellando una parte importante del movimiento feminista y de las mujeres en sus derechos más básicos. Se está negociando sin su conocimiento y autorización.

En ningún otro espacio político se aceptan las cosas que en este movimiento feminista américo hemos aceptado, sin ninguna capacidad de asombro, ni de reacción hasta el Encuentro de Cartagena, donde se expresó lo siguiente:

- Que al interior del movimiento se nieguen las representatividades y que en lo público se hable a nombre de todas.
- Que al interior del movimiento se niegan los liderazgos para después aparecer en lo público como líderes.
- Que nos representen sin haberlo decidido las representadas.
- Que mujeres que se dicen feministas pongan en práctica, políticas nunca discutidas en el movimiento.
- Que usen el poder que han conseguido gracias al feminismo y a la lucha de las mujeres para sus intereses y para invisibilizarnos.
- Que se confunda funcionarias pagadas de ONG's con actantes feministas.
- Que se usen espacios laborales, ONG's, Institutos Estatales, Academia, etcétera, como movimiento social donde se deciden políticas que afectan a todas las mujeres.
- Que el poder económico externo intervenga en el diseño de las políticas feministas latinoamericanas.
- Que mujeres que no son feministas tomen decisiones para y por el movimiento.

Para algunas de nosotras el movimiento feminista es el espacio público de nuestro quehacer político, indispensable y necesario para completarnos como seres

humanas; para otras, es sólo un complemento secundario a sus creencias, sean estas políticas o religiosas; y para otras, un lugar donde buscar afectos y espacios protegidos. Por último están las mujeres que necesitan formar parte del poder que el sistema le otorga al movimiento de mujeres. Estas múltiples maneras de ser feminista nos diferencian.

Algunas de nosotras venimos planteando, desde fines de los 80, la necesidad de profundizar en las diferentes corrientes, para así generar una discusión política y teórica, única manera de salirnos de los discursos demagógicos e incluyentes.

Durante el 7º Encuentro, como resultado de la proposición metodológica de la Comisión organizadora, se constituyeron talleres de profundización de las diferentes corrientes. De esta manera se formó el taller de las feministas institucionales Agenda autónoma radical, el taller Ni las unas, ni las otras y el taller de las Feministas Autónomas. Esto fue un gesto de reconocimiento de las diferentes propuestas políticas que coexisten dentro del Movimiento, y que fundamentalmente es lo que viene sosteniendo el Movimiento Feminista Autónomo.

La invasión de territorios, la utilización del discurso, la negación de nuestra existencia e historia política son hechos de violencia que las autónomas hemos padecido; también lo es el uso discriminatorio de los medios de comunicación feministas y el tráfico de influencias sobre el dinero que se ejerce en concomitancia con el poder. La violencia es eso, no la denuncia de estos hechos. Es violento que tomen nuestro discurso y lo acomoden para usarlo como un peldaño más de sus alianzas con el poder.

El feminismo es un lugar que ha producido diferentes miradas ideológicas, filosóficas, económicas y políticas, no es propiedad de ningún grupo, es parte de varias corrientes que el mismo movimiento ha generado. Capitalizar el feminismo en un grupo, que además no

construye movimiento y ni siquiera se lo propone, es justamente salirse de lo que entendemos por él.

Al contrario de quienes se arrojan el hacer las políticas para mujeres y se alían con el sistema sin discriminación, las autónomas independientes creemos que debemos buscar formas de hacer crecer nuestro movimiento, para que se convierta en una fuerza social de cambio. A partir de un movimiento consciente y responsablemente asumido, con pertenencia orgánica (actuancia), podremos hacer verdaderas alianzas que no se contrapongan con nuestras políticas, nuestras propuestas y que signifiquen avanzar realmente en el cambio que nos hemos propuesto.

El Movimiento Feminista Autónomo es un espacio que se ha ido definiendo y dibujando, hemos trabajado largamente en él. Nos hemos nombrado y significado para hablar y representarnos. Es un lugar al que se elige libremente pertenecer y con el que se adquiere el compromiso de asumir su historia y trayectoria político-filosófica y hacer los cambios necesarios entre todas. Nuestro límite es que si alguien tiene un proyecto político diferente, con distintas estrategias y objetivos, consideramos que debe constituir su propio espacio político, legible claramente, con el propósito de hacer sus políticas transparentes y sobre todo sin aprovecharse del trabajo y la historia de otras feministas.

Es muy importante que nuestra imagen sea construida por nosotras mismas y no en un contarnos, ni leer nos desde otras, desde otros lugares culturales, ni desde otros continentes, viendo lo que se quiere ver o invisibilizando lo que no conviene. Así, cada feminista podrá ubicarnos y ubicarse libremente en alguna de estas corrientes sin prejuicios. Esto es dar las informaciones necesarias para empezar a hacer política de otra forma.

Éste fue el Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe más político que hemos tenido. En primer lugar, porque dijimos lo que nos venía molestando desde



hace mucho tiempo. En segundo lugar, porque éramos muchas más de las que creíamos, constatando que somos suficientes para ir construyendo un Movimiento Feminista Autónomo Latinoamericano, desmontando el romántico-amoroso-mentiroso de que el feminismo es uno, que no existen intereses económicos y de poder en su interior, negación que produce fisuras infranqueables entre las feministas. Por último, hemos logrado que a pesar del feminismo oficial, el feminismo como propuesta civilizatoria aún mantenga la connotación de rebeldía con la que se originó. Fue necesario plantear y visibilizar nuestras diferencias para articular un avance, un gesto de movilidad, para no quedar estacionadas, acumulando nudo sobre nudo, sin deshacer ninguno.

El Movimiento Feminista Autónomo Latinoamericano es un hecho histórico, producido por mujeres que delimitaron su espacio en relación al movimiento feminista, que contenía en su interior profundas contradicciones. Podemos y debemos reconocer que las explicitaciones de sus estrategias y las críticas al quehacer político de los grupos hegemónicos del movimiento feminista, ha sido un trabajo de la mayor importancia para mantener vigente el proyecto feminista radical y civilizatorio, desprendiéndose de las demandas al sistema con que se han marcado las estrategias del feminismo.

El concepto político de autonomía no es instantáneo y no tiene que ver con la precariedad de la idea de autonomía como fetiche contemporáneo de siglas. Es una propuesta que no está en interlocución alguna con el sistema, ni con los grupos demandantes de cambios al sistema. Demandar la resolución de necesidades de visibilización o existencia no es más que legitimar y reacomodarse a la estructura de la cultura masculinista en cualquiera de sus contingencias.

Es necesario ir marcando la autonomía y la independencia desde donde hablamos, porque estamos tremendamente cruzadas por intereses políticos, que van

desde la contingencia partidaria hasta los intereses de grupos marginados que se adhieren al Movimiento Feminista Autónomo, al mismo tiempo que las negociaciones y transacciones con el sistema.

La doble militancia, hoy más que nunca, está actuando entre nosotras, es más sutil y sumergida que cuando en nuestros inicios teníamos que discutir los límites con mujeres militantes de partidos políticos o de diferentes religiones. Algunas de estas dobles militancias existen y son explicitadas, otras están escondidas en la semipenumbra del pensamiento de cada una. El proyecto feminista queda secundarizado –como siempre– cuando aparecen estos otros intereses, que tienen el costo de fragmentar el proyecto feminista, sembrar la desconfianza y replicar la misoginia que tanto bien le hace al sistema. La búsqueda de la autonomía, la independencia y la individuación parece inútil e inalcanzable.

Todo se pretende fundir de manera tal que nada queda visible, salvo el logos final, borrando las alternativas, integrando las diferencias y los matices en una aparente globalización. Fundir la política feminista autónoma latinoamericana con políticas absolutamente ajenas, como son los intereses del feminismo institucional, partidarios o de otros grupos marginados, pretendiendo una propuesta común por el solo hecho de tener un cuestionamiento crítico ante la desigualdad, la discriminación y la marginalidad, nos pierde de nuestros contenidos radicales, pues la gran mayoría de los grupos marginados son reivindicativos, no proponen, ni pretenden un cambio civilizatorio, por el contrario, buscan legitimarse e instalarse en el sistema. Si no vemos esta divergencia política abismal, nuestros intereses se pierden en los de otros grupos y los discursos se van tornando tan difusos, que no será posible una actuación autónoma feminista como espacio público/político, ni menos, aclarar nuestras diferencias.

# **TERCERA PARTE**

## **LESBIANISMO**

# INCIDENCIAS LÉSBICAS O EL AMOR AL PROPIO REFLEJO

«Antes que existiera o pudiera existir cualquier clase de movimiento feminista, existían las lesbianas, mujeres que amaban a otras mujeres, que rehusaban cumplir con el comportamiento esperado de ellas, que rehusaban definirse con relación a los hombres, aquellas mujeres, nuestras antepasadas, millones, cuyos nombres no conocemos, fueron torturadas y quemadas como brujas.»

Adrienne Rich

**L**as mujeres hemos sostenido largas luchas externas e internas con nuestras capacidades, de querer ser actantes de nuestros deseos, de entendernos como mujeres individual y colectivamente. Nuestros diálogos fundamentalmente han sido de feminidad a feminidad, es decir, siempre dentro del marco de la construcción simbólica patriarcal que han hecho de nosotras, de este deber ser como personas y de nuestros cuerpos. El diálogo mujer/mujer está aún pendiente, pues el único diálogo que existe hasta ahora, que hace memoria y que trasciende la historia, es el femenino/femenina. La mujer como sujeto pensante y político permanece en las sombras. En este diálogo prima la ajenidad, es un diálogo del otro, basado en el acondicionamiento al amor patriarcal y no en la legitimación entre mujeres como conjunto pensante. Más aún, dentro de la construcción del amorio hemos sido separadas, mientras que los hombres consolidan su cultura legitimándose, admirándose y amándose entre ellos.

Hemos tenido que declararnos medio tontas para existir y permanecer en el prado marcado y señalado de la feminidad, lo que tiene más trascendencia de lo que a primera vista parece. Treta de sobrevivencia, que tiene el precio de nuestra dimensión humana, pensante y actuante, en perjuicio de que el diálogo mujer/mujer siempre sea postergado por los intereses prácticos que se funcionalizan a los de la cultura vigente, y que jamás desde ese sitio serán generadores de otra cultura, ya que los intereses de las mujeres no tienen nada que ver con los intereses de la feminidad. Debemos tener claro que la feminidad es una construcción organizada dentro de la masculinidad y en función de ella.

Mientras no seamos capaces de interrogar el diseño que han hecho otros de nuestro pensamiento, de nuestra forma de entender la vida y su trascendencia, de crear otros modelos, de abrir la atracción entre mujeres, de abrir la necesidad de entrar en diálogos con una otra igual, no nos amaremos a nosotras mismas, no nos amaremos como mujeres y, fundamentalmente, no nos respetaremos como género y como especie.

Al interrogar el diseño que han hecho de nosotras, recién comenzaremos a ser sujetos actuantes, a desconstruir la misoginia –con una misma y con las otras–. Sin esta condición básica sólo seremos invitadas, convidadas a un sistema que piensa por nosotras, que se erotiza con nuestros cuerpos y no con nuestro pensamiento. Estaremos siempre un poco fuera, fuera del mundo, fuera de la cultura, fuera de la política y fuera de nuestro propio cuerpo, cayendo fácilmente en los procesos esquizofrénicos de esta sociedad.

Las mujeres que se declaran profundamente heterosexuales, que divinizan el cuerpo masculino, como cuerpo simbólico que necesitan y adoran, y que, sin embargo, es el que las menosprecia, el que las ha sometido a la secundaridad de la especie humana, ha hecho

posible la permanencia y omnipotencia de la masculinidad, manteniéndonos en esta extranjería sobre nuestro propio cuerpo. Sin embargo, existe una memoria velada de nosotras, que forma parte de nuestra historia, aunque se encuentre subsumida en la historia de la «feminidad» y que es muy difícil de desentrañar, justamente por la ajenidad a la que hemos sido sometidas, un deseo que podríamos asociar a la pasión más que al amor, a la solidaridad o a la amistad, este deseo de aprender/aprendernos, de conocernos, de descubrirnos, nos moviliza para iniciar el tránsito de recuperación de nosotras y de nuestra verdadera historia.

Desde el lugar de la pasión, quién sabe, sea posible entendernos y entender las cosas que nos pasan como mujeres/entre mujeres. Desde la feminidad construida es muy difícil entender esta pasión, pues la memoria ha sido borrada y no se la deja circular, porque indiscutiblemente el sistema instala la feminidad misógina, que propone el odio hacia nosotras mismas, aunque algunas veces nos eroticemos en este espacio. Por esto, cuando nos erotizamos dentro del espacio significado de la feminidad, quedamos estacionadas, sólo cambiamos el cuerpo de la erótica, el cuerpo del deseo.

Esta memoria de pasiones existe entre nosotras, tenemos que encontrarla y significarla en el tiempo, registrarla y hacerla salir del lugar de la nada. La masculinidad tiene una especial preocupación de invisibilizar y eliminar la memoria de nuestros cuerpos, porque allí radica su vigencia, en este gesto amnésico constituye su poder. Es nuestra responsabilidad y nuestro desafío, entender y reconstruir esta dimensión del deseo/pasión/de conocer/nos. Es más, toda mujer conserva esta memoria/inmemoriada y su forma de relacionarse con otra mujer está traspasada por este contenido.

Nada podría proponerse desde el feminismo y, en especial, desde el feminismo radical, que no pase por recuperar y reconstruir esta otra historia de mujeres.

En todo ser humano existe la potencialidad de traspasar los límites culturales de la heterosexualidad. Sólo si aceptamos esta potencialidad podremos deshacernos de los prejuicios contra las lesbianas y homosexuales. Me atrevería a afirmar que más allá de romper con los prejuicios, asumiendo esta potencialidad móvil de la erótica, es necesario empezar a limpiarnos de la misoginia del sistema, que no es el mismo ejercicio que ejecutan los hombres, ni aún los hombres homosexuales, pues ellos siempre se han amado y armado misógicamente, estén donde estén.

Siempre contamos con una amiga íntima, una otra que nos contiene, una aliada, y es con esa otra con quien se cruzan nuestros pequeños incidentes lésbicos negados. Esta negación se enraiza en la sensación de terror de descubrirse pensando o sintiendo el traspaso del límite de lo permitido, sustentado en la formación de los modelos de la erótica y la ética/moral establecidos. La mujer se paraliza ante la sanción inminente del sistema, se niega a sí misma, para no ser negada dos veces: una por ser mujer y la segunda por ser lesbiana. Las que rehúsan cumplir con el comportamiento esperado, son las minorías rebeldes que nos hacen valientes, que transitan y asumen el lesbianismo y se abren a comprenderlo rompiendo el círculo siniestro de la culpa y el miedo con que nos han socializado. El miedo al lesbianismo es uno de los miedos importantes que ha inventado la sociedad, no es inocente, ha sido uno de los mejores diseños y adiestramientos inmovilizadores para las mujeres. Aunque el lesbianismo no se practique como erótica, la memoria que tenemos de este gesto amatorio sancionado, instala, a través de su negación, la desconfianza entre las mujeres.

Una gran parte de los problemas que tenemos para hacer amistad entre mujeres pasa por esta pasión/deseo de conocernos, no reconocida, ni aceptada

aún en los niveles más recónditos de nuestra conciencia, que llega a profundidades insospechadas.

Pasión/deseo que al ser constantemente postergado, se transforma en rechazos, traiciones y odios fuera de la razón y el tiempo, pues es la otra la detonadora de esta pasión sancionada, la culpable: la Eva tentadora del mal, que hace caer al hombre y que, esta vez, nos hace caer a nosotras, la Eva nuestra.

Es difícil construir una amistad que no esté prejuiciada y permeada por la prohibición misógina de amarnos, ¿qué memorias no recordadas arrastramos?, ¿qué historias de sensaciones de quemaduras y pérdidas traemos por querernos?, ¿qué mandatos al fin de odiarnos, sin siquiera entender lo que nos pasa? Sin embargo, qué cómodas nos sentimos estando entre mujeres.

Cómo querernos de otra manera, sin los roles, sin las inseguridades, las demandas de propiedad/fidelidad, sin el drama, el tango, el bolero, el secreto, sin traicionarnos constantemente. Es precisamente en este espacio amoroso donde podemos reinventar otras formas de amor, este otro amor, éste sospechado desde otra cultura, donde nos sepamos mujeres pensantes y no inventadas por otros, donde rediseñar otras formas de convivencias entre seres humanas, que no sea la pareja del dominio. Como el modelo amoroso es masculinista en esencia, la construcción de la pareja está patriarcalizada en el dominio, expresándose en la construcción convencional del amor-parejil, romántico y pegajoso, que arma esta escasez de amor, en el discurso del amor único, de a dos, en pareja y para siempre, que finalmente mata los amores, por culposos o de tanto amor, que instala el dolor más que el amor. La escasez, no la abundancia. El encarcelamiento y no la libertad. Una muere siempre de alguno de estos males: duelen lo mismo, matan lo mismo.

La estética y la construcción del amor patriarcal están contenidos en la idea y la visión de la esclava, la



dominada, la depositaria del deseo, la continuadora del linaje, la guardiana de sus intereses, la custodiadora de su poder y de los valores que lo sostienen. Debemos desconstruir la estética de la esclava y ver el sometimiento, el maltrato, la secundaridad como una expresión final de las relaciones humanas, donde comienzan las transgresiones. Asimismo, continúan siendo una minoría las mujeres que ya no soportan el maltrato físico, debemos llegar a no soportar el maltrato cultural, que no ha cambiado y que sólo ha afinado esta visión estética de dominación, implicada y retorcida en la feminidad.

La ética de la lesbos debería contener una propuesta de horizontalidad, porque sólo en ese plano suceden los intercambios de sujeto a sujeto. Espacio amoroso que debemos dibujar, reinventar y narrar, para construir un saber amar otro, que nos acumule en sociedad de otra manera. Debemos tener cuidado de no readecuar la pareja, creyendo que inventamos otro modelo, esto no sería más que un reacomodo al mismo fango patriarcal. La cultura vigente nos hace creer que somos diferentes, que nuestras construcciones de pareja son únicas y exclusivas, al mismo tiempo que nos sumerge en sus costumbres y valores, haciendo que todos, de una u otra manera, repitamos el mismo molde.

Reinventar las relaciones conlleva el hecho de repensarnos como sujetos culturales, repensar nuestras formas de relacionarnos, repensar nuestros conceptos parejiles, que tienen una norma —si es que podemos hablar de normas—, que es no engañarnos a nosotras mismas. Cuando hablo de engañar, no hablo de fidelidades, sino de no disfrazar nada, de no esconder nada, ni protegernos ni proteger a otros. Todo ello tiene una dosis grande de valentía, del riesgo de asumirse sin protecciones propias ni ajenas; contiene a una descubridora, una aventurera, para la que nada es intocable e incuestionable, nada es sagrado. Este gesto tiene un objetivo claro y

profundo, hacer a las personas expresadas, libres y más humanas, lo que no se debe confundir con hacerse la buena, porque generalmente alude al revés de la moral sacrificada. El buenismo amortigua, esconde, niega, se arma desde el sacrificio y la hipocresía del romanticismo, se acuna en la autoflagelación... y a estas alturas del cuento, muchas ya sabemos lo difícil y doloroso que es no contar finalmente el cuento, cuando tenemos otro cuento.

Si no reestructuramos, rediseñamos, rehumanizamos y repensamos el espacio léxico, terminaremos por caer en la exaltación patriarcal del romántico amoroso sentimental donde creemos estar a salvo de la traición de los hombres, exaltando la femineidad/femineidad: el amor sin límites de la irracionalidad, el amor sentimental, sacrificado, bueno, incuestionable, maternal, sagrado, el amor en sí mismo como contenido de honestidad y de intereses comunes, que no se piensa, como si no tuviera una persona responsable detrás, con sus valores, su cultura, sus proposiciones de vida, su biografía. Es precisamente aquí donde el patriarcado tiende su trampa, pues la transgresión no radica en traspasar el límite demarcado de la erótica establecida, sino en pensar dicha transgresión, en diseñar estrategias políticas para que tal transgresión no sea, como todas, recuperada.

Si no repensamos la pareja como la base del clan familiar masculinista, en que se sistematiza esta sociedad y donde se aprende el poder sobre las personas y la pertenencia como propiedad privada, seguiremos repitiendo el modelo: casarnos, legitimarnos ante el sistema, tener hijos y, si no los tenemos, suplirlos con gatos o perros, que serán cuidados como si fuesen niños.

En fin, la cadena no se detiene en establecer las imitaciones de la familia, la familia de mentira, que es peor que la familia de la consanguinidad. No estoy diciendo que no haya que querer a los niños o a los animales, sino

que no se los debe usar como suplentes, ni confundirlos tan fácilmente como los confunde esta cultura: tratando a los niños como animales y a los animales como niños, sin respetar a ninguno finalmente.

La pareja existe, porque existe la lógica del dominio. En esta lógica se ejercita la cultura masculinista, de ahí el tópico de «en el amor y en la guerra todo se vale»: servicio secreto, cautivos, rehenes, estrategias, asaltos, traiciones, planificación de ataque, inmolaciones, derrotas, victorias, etcétera. Estas maniobras se disfrazan en la guerra tras el halo heroico salvador, mientras que en el plano amoroso son pintadas como novela rosa.

Esta cultura no entiende, ni construye seres libres y autónomos, por el contrario, los confunde, los hace carentes, de tal manera que tienen que completarse en otro/otra, del cual depende y que lo construye socialmente. Una persona sin necesidad de completarse está en desventaja ante el sistema, pero, al mismo tiempo, está en completa ventaja hacia sí misma, cuenta con el poder de diseñar su vida en libertad. El sistema sanciona los gestos libertarios que atentan contra el orden de la estructura social, dado que está pensado para seres carentes, que se pueden manejar. Un ser libertario, en cambio, es inmanipulable, infanatizable. La estructura social está ideada para sujetos estancos, creyentes de esta cultura, que hacen inamovibles los cambios que necesitamos para crear una cultura más horizontal y respetuosa. Muy distinto es hablar de la libertad de estar, amar y transitar acompañado con un otro/otra, que estacionarse en una pareja patriarcalizada con la proyección de por vida, repitiendo el modelo de la propiedad privada.

La pareja (matrimonio) se arma de tal manera que uno tiene el poder y el otro el contrapoder, roles que se invierten temporalmente, pero que fijan a los individuos en la ambición de dominio, emborrachándoles la vida en el juego de detentar un pequeño poder.

Asimismo, cautiva a las personas con el mandato de la seguridad que proporciona la fidelidad = vigilancia, con lo cual esta construcción basada en el amor sistémico, termina por encerrar al amor y matarlo.

A pesar de que esta construcción amorosa no la inventamos las mujeres, somos las más atrapadas en ella, ya que instala a nuestros propios guardianes de la feminidad, a los que rendir cuentas, a los que explicarle: por qué miraste, por qué no llegaste, por qué pensaste, por qué te vas, por qué volviste, por qué soñaste, por qué gritaste, por qué te rebelaste.

Otros modos, otros ensayos de convivencias son invisibilizados y castigados, pues el sistema está siempre vigilante y temeroso de su potencial derrumbe.

Como lesbianas, tenemos una historia gestual y política de vida que va más allá del relato amoroso. Sumergirse en una pareja ya significada tiene tantos costos, costos de vidas enteras, como salirse de las actuales formas de amar con sus fidelidades y lealtades. No hay modelos, no hay registro, no hay rastro, a pesar de haber muchos ensayos silenciados, no tenemos idea de cómo hacerlo. Con tantas inseguridades, carencias y miedos con que nos socializan, vivimos sufriendo, porque solamente sumergidas en el drama sentimos que amamos, que vivimos y morimos al mismo tiempo. El drama carece de reflexión y he aquí uno más de los gestos que nos someten y nos recuperan.

Para que el sistema y su engranaje de relaciones funcione, debe existir una propietaria o propietario, una depositaria del sacrificio de entregarnos. Insisto en que el sacrificio es una trampa y hasta que no descubramos lo tramposo que es esta forma de amar sufriente, seguiremos permeadas del sacrificio de unos por otros... y no estaremos saliendo de toda la hipocresía antagónica del sistema. No necesitamos ser mártires, ni creer en cruces para construir el respeto de lo humano, pues recreando

parejas sacrificadas, no se construye ningún respeto y esto sí es un gesto político.

Romper nuestras necesidades tan profundamente inscritas con argumentos culturales y biólogos de complementaridad, han llevado a entender el amor solamente en su dimensión reproductora, protectora y cuidadora de la pareja heterosexual, tan funcional a un sistema capitalista y neoliberal que necesita del ordenamiento de poseer.

La pareja lésbica debiera romper esta construcción cultural, pero se enreda, se confunde: por un lado, se mantiene en un medio totalmente hostil que hace que se unan, se protejan, se encierren entre sí como una condición de sobrevivencia y, por otro, al salirnos de la estructura de amor reproductivo y de dominio, tomamos el discurso del romántico amoroso sentimental. El hombre, infiel por naturaleza, ya no es requerido en el juego amoroso, por lo tanto, si nos juntamos dos mujeres que somos las fieles por naturaleza, las que sí sabemos amar, las que amamos sin límites, traducimos estas fidelidades en clausuras, se la ahorramos al sistema. Nos clausuramos, nos sistematizamos, nos ordenamos en pareja y nos perdemos como personas individuales, simbiotizándonos con la otra en un gesto *sia mé sico*. Todas las alternativas de libertad, de amor, de vida y de eros quedan cerradas, pues el amor es uno de los lugares de expresión más directo del poder, por lo que está siempre en crisis y cada cierto tiempo volverá a aparecer en el horizonte de nuestra individualidad la necesidad de otros eros, otros despertares corporales, otros deseos de libertad.

La pareja ya significada, hace perder no sólo el amor, sino el deseo de aventura, de aventurarse en otros seres, de aventurarse a inventar nuevas sociedades, nuevas culturas, nuevas formas de relación. Clausura aquel anhelo de libertad y es, justamente allí, donde aparecen los seres rotos por dentro y por fuera, toda esa cantidad de seres humanos que no están vigentes, pues

depositaron en otro/a toda su capacidad erótica, amorosa, creativa, para transformarse en seres amputados. Esto que pareciera pertenecer exclusivamente al mundo del amor, al mundo privado, es la representación del mundo concreto, político, de la vida cotidiana que construimos como sociedad.

¿A quién le estamos entregando el poder sobre nosotras? ¿Cuánto tiempo en la historia respondimos a la familia?, que es la que juzga, mal ama y finalmente nos instala en una sociedad a su imagen y semejanza. ¿Cómo vivir nuestros amores y desamores de tal manera que sean una propuesta de respeto humano y de libertad, más allá de las protecciones y de los sacrificios de los moldes de la propiedad y fidelidad masculinista?

Cuando podamos retomar la narración propia de la sexualidad de las mujeres y de la sexualidad lésbica, no el lenguaje de la negación que hemos tenido hasta ahora, no el lenguaje de la sexualidad legitimada y profesionalizada, hoy tan de moda, resguardada constantemente en sacralidades, podremos limpiar este espacio lleno de tópicos, de romanticismo sadomasoquista y lograr que sea diferente.

El amor no es uno solo en la vida, no nace por generación espontánea, existe un hilar de amores que se van engarzando en el tiempo. Cada uno tiene un sentido, cada uno trae una propuesta y en cada uno va quedando un pendiente. Todos los pendientes, acumulados, reservados en el tiempo aparecen reales y concretos en el amor presente y, éste último, va a constituir otro pendiente en el futuro. El amor no es uno solo ni muere en un accidente en la esquina, es un ejercicio constante, aparece como aparecen los seres humanos –diferentes, nos provocan nuevos desafíos de entendernos, nuevos desafíos de rediseñarnos y sanarnos del maltrato cultural y comprender que hay múltiples maneras de entender el compromiso hacia otra persona. Este compromiso sólo

puede ser el cuidar lo más que se pueda del sentimiento, que una vez que empieza, también empieza a desaparecer, como todo en la vida, tiene un inicio, un tiempo y un término.

Sé que los sueños, los amores y las libertades que no se viven, se mueren dentro... te pudren, te matan poco a poco, mira cómo está este mundo sin sueños, sin amores, sin libertades, muriendo.

Debemos tener claro que la masculinidad empoderada, empodera a todos los varones, también a los homosexuales. En todos los momentos de exaltación de la masculinidad a lo largo de la historia, han aparecido grupos homosexuales varones más o menos legitimados en la semipenumbra del poder, por ello es fundamental desentrañar todos los espacios legitimados en la semipenumbra del poder. No quiero decir que los homosexuales varones no sean perseguidos, sino que gozan de ciertos beneficios de los que no gozan las lesbianas. El empoderamiento de los varones es tal, que incluso el discurso de la femineidad es tomado por travestis, transexuales y homosexuales, reinstalando la más tónica y retrógrada de las femineidades, la que hemos tratado de combatir desde el feminismo radical.

La lesbo-homosexualidad tiene la potencialidad de aproximación a un cambio cultural más profundo, que no se corresponde al del movimiento homosexual masculino, donde las políticas y el discurso están definidos por los varones masculinistas homosexuales y en los cuales se repite la invisibilización que hemos sufrido las mujeres siempre y, por lo tanto, no lograrán crear una propuesta transformadora. Lo que transforma a la sociedad es una visión crítica a los valores de la masculinidad y sus instituciones y esta reflexión no la hacen los hombres por razones obvias, ése es su lugar de poder e identidad.

La dimensión política lesbica no es la misma que la del mundo homosexual varón. Aunque estos últimos

rompan con el estereotipo de la heterosexualidad, dejan intactos los valores que sostienen a la masculinidad. No cuestionan el sistema de dominio que hace posible el racismo, el sexismo, el clasismo, el derechismo y, por consiguiente, la homofobia del sistema, alimentando de una manera contradictoria, su propia discriminación.

Repensar nuestras formas políticas de relacionarnos es fundamental para no suplicarle al mismo sistema que nos deslegitima, que nos legitime, haciéndolo doblemente poderoso. Cuando hablamos de sistema, estamos hablando desde el núcleo familiar hasta las instituciones, constituidos por seres de carne y hueso. Es aquí donde perdemos el rumbo y donde perdemos el poder, porque no puede existir una modificación del sistema hacia nosotras, sin que exista a su vez un acomodamiento de nosotras al sistema. Por ello, más allá del derecho de igualdad y la vocación de cada una, creo que hay que repensar la vigencia del matrimonio, que es una institución tan masculinista como los ejércitos. Tenemos que separar aguas con quienes quieran darle continuidad a un sistema injusto, arbitrario, racista, sexista, basado en la propiedad privada de los seres humanos y en la supremacía del hombre y su cultura depredadora.

Un movimiento lesbico-político-civilizatorio, repiensa todos los elementos que trenzan el sistema, desde ese lugar diseña sus estrategias políticas. No puede entregar su reflexión a otros grupos marginados, ya que lo único que nos une es la marginación. No tenemos los mismos intereses políticos que los ecologistas, los gay,

o los travestis (quienes han retomado y reins talado el discurso de la feminidad), ni tampoco con los diferentes proyectos de los partidos políticos, ni menos con las iglesias. Todas estas instituciones están construidas del mismo modo, todas juntas sostienen la estructura de la masculinidad. No podemos negarnos a ver que el siste



ma masculinista es un gran rompecabezas donde las piezas que no encajan, que atentan contra la estructura total, son eliminadas.

Sin repensar un movimiento lésbico, político y civilizatorio, no podremos desarticular el sistema. Sin una mirada crítica, no sabremos si es desde dentro del propio movimiento lésbico que estamos traicionando nuestras políticas y nuestras potencialidades civilizatorias. ¿Qué costos ha tenido esta sucesión de ruegos a la maquinaria masculinista para que nos acepte y nos legitime? Estructuralmente es imposible, pues si nos legitima sin recuperarnos, se desarma.

El análisis de la realidad desde la cultura vigente y sus propuestas, no es posible para nosotras, ya que es un lugar donde nunca estuvimos, ni estaremos ni nos pertenece como análisis. Debemos revisar cuidadosamente la necesidad de adherirnos a cualquier análisis o propuesta de cambio que no provenga desde nosotras mismas, que no recupere nuestras reflexiones, nuestra historia política, nuestra biografía y todo lo que han escrito y pensado las mujeres a lo largo de siglos, para no seguir repitiendo una y otra vez estrategias fracasadas.

Pensamos que el acceso de las mujeres a la cultura la modificaría, sin embargo, los cambios de las buenas costumbres modernas han sido sólo superficiales. Esta trampa nos ha atrapado ya demasiadas veces, podemos hacer alianzas circunstanciales, pero no dejar que nuestro discurso sea tomado por otros, manipulado por otros y despolitizado por otros.

Al sentirnos tan fuera del sistema, nos baja la nostalgia de legitimidad que nos pierde y traiciona. Terminamos por querer estar en el centro mismo del poder, cuando el desafío político pasa justamente por no colaborar con el sistema, ni funcionalizarnos para sostenerlo. Para esto necesitamos un espacio político a solas, donde crear con independencia, un lugar de experimen-

tación y de estudio donde no nos sigan quemando en las plazas públicas. No basta ser mujer, no basta ser feminista, ni basta ser lesbiana para esbozar la idea de otra cultura, hay que situarse fuera y hurgar hasta el último rincón de la masculinidad para poder desconstruirla.

Hay un límite ético y político con nosotras mismas y nuestro cuerpo. Dejar las cosas como están, ya no es posible, no existe esa realidad para nosotras.

## LESBIANISMO: UN LUGAR DE FRONTERA

La historia de la especie humana está demarcada con cuerpos sexuados diferentes, cuerpo-mujer/cuerpo-hombre. Sobre estos cuerpos se construye todo un sistema de significaciones, valores, símbolos, usos y costumbres que normalizan no sólo nuestros cuerpos, sino la sexualidad y, por ende, nuestras vidas, delimitándonos exclusivamente al modelo de la heterosexualidad reproductiva.

La reducción de la sexualidad al espacio reproductivo es fundamental para declarar al cuerpo como objeto para ser dominado, en contrapunto a lo superior: la mente y el espíritu. El hombre superior es aquel que domina su cuerpo, y para el cual el cuerpo es algo molesto pero inevitable. El corte conflicto entre cuerpo y mente es una de las zonas donde se experimenta el dominio, donde se instala la construcción de las carencias y se asignan las capacidades. El crear, pensar, organizar y elaborar valores, es lo que se define como masculino y traduce a su cuerpo

en lugar de entrenamiento y desarrollo para el dominio, tal como piensa sus cuerpos culturales (academia, instituciones deportivas, ejércitos, iglesias, etcétera). Cuerpos que se recuperan, se legitiman y admiran dentro de la cultura masculinista.

El cuerpo mujer, por el contrario, es un cuerpo subordinado a su función reproductora. Reducido a sujeto instintivo y/o a objeto de placer, anulado como sujeto pensante, gracias a esta operación cultural de cuerpo supeditado al dominio.

Estos son algunos de los signos con que se construyen las ideas de feminidad y donde la mujer pierde automáticamente la autonomía e independencia, para formar parte de una masculinidad que nos piensa y diseña nuestra subordinación en todos los ámbitos de la cultura, subordinación que es mucho más sutil y profunda de lo que aparentemente pudiéramos apreciar.

La cultura contemporánea no ha hecho sino afinar la sumisión y deslegitimación de las mujeres, éste ha sido el hecho fundacional del patriarcado que se extiende y perfecciona en la cultura masculinista contemporánea, aunque haga el juego de apariencias democráticas e igualitarias. Detrás, existe una historia de represión donde las mujeres han sido desprovistas de la palabra y de proyectos políticos, lo que hace imposible salirse del lugar asignado. Es en este lugar simbólico donde se usa la sexualidad como un acto de apropiación que conlleva la dominación como idea de construcción cultural.

Para que todo este engranaje de significaciones opere, la historia de las mujeres ha sido focalizada en el ejercicio de amar sobre el pensar. El amor adquiere una dimensión invasiva y prioritaria, correspondiendo de esta manera al mandato cultural: las mujeres aman y los hombres piensan. En este espacio amoroso subordinado, las mujeres ejercen sus pequeños poderes, sus resistencias, sus tretas, sus influencias; único espacio de poder relativo

que les pertenece. Contradictoriamente no somos las mujeres las amadas por la cultura, sino más bien, las deseadas, poseídas y temidas. Son los hombres los amados, tanto por las mujeres como por los propios hombres, construyendo así una cultura misógina que ama a los hombres y desprecia a las mujeres.

Se podría desprender entonces, que las mujeres que aman a mujeres, es decir, las lesbianas, no sólo transgreden este mandato histórico de subordinación a lo masculino, sino que, al mismo tiempo, poseen la potencialidad de sanarse de la propia misoginia para resimbolizarse, no en función de otros, sino de sí mismas. Esta socialización contiene una trampa muy potente, pues cuando amamos a una mujer dentro del orden simbólico masculinista, nos transformamos en sujetos doblemente focalizados hacia el amor, atrapados en los mismos espacios que nos enajenaron de la historia de la humanidad. Dicha erótica contiene la ruptura de los límites de lo femenino y la resistencia al proyecto heterosexual establecido, rompiendo no sólo la misoginia, sino fundamentalmente la fidelidad de amor hacia los hombres.

Los modelos eróticos con que somos socializadas van construyendo y reconstruyendo la simbólica de lo femenino desde los poderes culturales, que son reforzados permanentemente por la iconografía de los medios de comunicación y de grupos culturales que, aunque, aparentemente tengan una posición permisiva o cuestionadora de la sexualidad o de la libertad, en lo medular siguen sosteniendo los viejos valores de la masculinidad.

Para cambiar estos valores se requiere necesariamente de un proceso político cultural civilizatorio que cuestione en lo más profundo los viejos estereotipos de la sociedad patriarcal, que sigue totalmente vigente, aunque se haya travestido de una pseudo igualdad en esta masculinidad moderna.

El lesbianismo corresponde a un pensamiento histórico-político que tiene características propias y que no son comparables, ni semejantes a la experiencia de las mujeres heterosexuales, aunque como mujeres seamos igualmente desvalorizadas.

La especificidad de la problemática de las lesbianas –a medida que el mundo homosexual ha adquirido más visibilidad– queda sumida en una lectura homosexual generalizada, donde priman de la misma manera que en la heterosexualidad, los intereses masculinos de un trato igualitario que no nos contiene.

Las feministas radicales y las feministas lesbianas sabemos que con leyes igualitarias no se arreglan nuestros problemas, ni se derrumba la feminidad como construcción cultural, por el contrario, la masculinidad sólo suma a su cultura a los discriminados útiles, allí radica su juego de diversidad.

La aspiración de igualdad que tiene el movimiento homosexual, corresponde a la nostalgia de haber formado parte de lo establecido y de compartir espacios de poder político y económico con el resto de los hombres. Siempre han formado parte del colectivo varón que tiene el poder.

La cultura que produce el mundo homosexual masculino está tanto o más impregnada de misoginia que la heterosexual. Ha sido usada por la cultura neoliberal masculinista para atrapar a las mujeres más que nunca en la secundaridad y la revalorización de objeto útil. El travestido no es otra cosa que la caracterización de la tonta femenina subordinada a los deseos y maltratos de la masculinidad.

Creo que la comunidad homosexual debiera repensar estos tics conservadores y el deseo de acceder a un sistema que los reprueba y persigue. Ya que sin entender la complejidad de la cultura masculinista en la que vivimos y lo funcionales que podemos llegar a ser, es difícil que nuestra opción sexual tenga una dimensión

política que altere el sistema. Poco tenemos que hacer con los varones homosexuales, ellos no tienen nuestras experiencias corporales, históricas, ni biográficas de maltrato y sumisión, no son discriminados por sus cuerpos, sino por sus opciones. Forman parte de esta cultura, la reafirman y marcan constantemente.

La lesbo-homosexualidad se piensa desde un lugar fronterizo, entre la homosexualidad y la heterosexualidad, no forma parte de ninguno de estos dos modelos, aunque contenga algunos de sus tics culturales. Históricamente el pensamiento lesbiano ha sido un lugar de escondite y de exposición de un proyecto distinto de sociedad, donde no se necesita de la tolerancia de los poderes económicos, religiosos, culturales y políticos para existir.





# **CUARTA PARTE**

## **OTRO PENSAR**



## OTRO IMAGINARIO, OTRA LÓGICA

**S**i bien es cierto que el ecosistema del cuerpo mujer nos informa respecto de la ciclicidad de nuestra vida y de la vida, esta lógica cíclica no ha sido incorporada jamás a la cultura, pues la cultura se encuentra atrapada entre el nacer y el morir, al modo del cuerpo varón. Es precisamente esta diferencia en las experiencias corporales la que produce lógicas distintas. Si agregamos que la feminidad es una construcción ideada desde un cuerpo varón estático, lineal e impositivo y no desde un cuerpo cíclico que es el que nos corresponde, resulta obvio entonces que formemos parte de la ajenez de la cultura masculinista, contamos con esa extranjería, que produce el estar representadas por otros. Son tan necesarios los lugares donde las mujeres podamos ir construyendo nuestra propia lógica, nuestra propia cultura, nuestra propia simbología, para erigir una cultura en horizontalidad con este otro cuerpo.

Me parece inútil seguir pensando que somos marginales a la cultura, pues la marginalidad siempre ha sido parte del sistema. Para poder crear pensamiento libre hay que situarse desde un lugar externo, ni de borde, ni de margen, sino más bien de fuera para tener una perspectiva de lo que sucede dentro de esta cultura. Contamos con ese desparpajo de no necesitar una conexión con una cultura que no es producto nuestro, en la que no gozamos de ningún privilegio y no admiramos, por el contrario, no la necesitamos para sentirnos libres y parte del mundo.

Los movimientos sociales han sido una de mis principales preocupaciones. Cómo rediseñarlos para sacarlos del espacio de marginalidad y colocarlos en un lugar exterior a la cultura vigente, para que reemplacen el pensamiento y producción cultural masculinista, desde donde se elabore y se ejercite la idea de un nuevo sistema civilizatorio.

Históricamente la humanidad ha buscado lugares desde donde pensarse y elaborar pensamiento, que se han ido jerarquizando y finalmente institucionalizando, para terminar siendo funcionales a las instituciones en su producción de pensamiento.

Sin embargo, ha existido siempre el deseo y la necesidad humana de tener un lugar desde donde pensarse libremente como humanidad y cuando estos espacios se institucionalizan, se rearmen otros intentos menos sistematizados. En las universidades históricamente se generaba pensamiento y cultura, pero una vez que comenzaron a institucionalizarse las aulas, también comenzaron a institucionalizarse sus pasillos. Dejaron de ser lugares en que se generaba pensamiento, para ser un negocio de profesionalizaciones y experticidades que desde gitiman todo pensamiento que no surja de ellas. Incluso sistematizan todos los otros pensamientos reduciéndolos a la producción de problemáticas contingentes y debates útiles para el sistema.

La marginalidad ya no sirve como lugar de reflexión, ha sido tomada y vaciada por la globalización del neoliberalismo. Aunque se encuentre al borde del sistema, está impregnada de sus deseos. La crítica al sistema desde la marginalidad siempre va a ser funcional, porque este no funciona sin una marginalidad reclamadora.

Las culturas se tejen de acuerdo a sus modos de relación y en interlocución con otros, que buscan la potencialidad de un encuentro posible, desde un conocimiento claro, profundo y honesto de movilidad para no convertirnos en estancos reclamos marginales.

Este lugar móvil, de elaboración de pensamiento y éticas, externo a la cultura, no está apelando en ningún momento al sentido común instalado, sino, por el contrario, su pretensión radica en abandonarlo completamente como diseño cultural, lo que, por un lado, tiene costos cotidianos, de vida y de relaciones, pero que, por otro, trae cambios en la calidad de las relaciones, en la búsqueda de otras potencialidades de libertad que ni siquiera sospechamos. Esta es la aventura de lo humano.

Las mujeres podemos crear, a través de la concepción de un cuerpo cíclico, una lógica abierta, multidireccional, no jerarquizada respecto de la lógica de dominio y, por tanto, no excluyente, sino más bien con un poder que —aunque difícil de imaginar— esté desprovisto de dominio, me refiero al poder de la libertad, la creación, el pensamiento no subordinado. A pesar de que en esta cultura de dominio existen poderes con estas características, su lógica debe ser modificada, ya que es ésta la que los pervierte. Todo no, contiene un sí, como sostiene Camus, y esto alude a la capacidad humana pensante que puede recoger esta información y transformarla en cultura y civilización.

El concepto de que la intuición es el único atributo femenino me aterroriza, sobre todo cuando se la alude en política. Este gesto esencialista, como cualquier otro concepto de esa índole, funcionaliza el pensamiento a

una idea tan inamovible e inmodificable, que deja de ser idea para transformarse en creencia.

Este mirar como extranjera la civilización y su cultura y compartirlo con otros seres humanos y humanas, nos dan las señas para construir una civilización distinta, que no contenga en su núcleo la dinámica y la lógica del dominio que es la misma que provoca y mata nuestras ideas de libertad y que es producto de la pérdida de la conexión con lo cíclico de la vida. Sin esta experiencia de extranjería cultural, nos funcionalizamos siempre al sistema y esto ha pasado no con una, sino con todas las grandes revoluciones que han intentado modificarlo con la misma lógica de dominio y que nos han llevado a las deshumanizaciones ideológicas más extremas.

El fracaso de esta cultura es tan evidente que en sí misma nos está proponiendo un cambio profundo, ya no es la imaginación utópica de libertades e igualdades humanas la que nos empuja con urgencia a un cambio, sino la sobrevivencia de la humanidad, del cuerpo civil ante el cuerpo armado devastador de las macroeconomías, la globalización que no es sino la globalización del mercado, no de la humanidad, ya que más de la mitad de la humanidad queda fuera de la manera más brutal en toda la historia de la masculinidad, queda no sólo fuera de las comunicaciones y del conocimiento, sino fuera del concepto de humanidad.

Estamos a las puertas de perder lo que nos constituye como humanos, la capacidad de pensar, en este juego de creer que pensar es relacionar los conceptos ya instalados y no conectarse con las energías no condicionadas por la cultura vigente. El pensamiento está condicionado al círculo vicioso de pensarse y repensarse dentro de la cultura masculinista, sin ninguna posibilidad de libertad, por ello la libertad es un problema pendiente de la humanidad. El pensamiento está instalado en el corte/conflicto del dominio: hombre/mujer, negro/blanco, pobre/rico, viejo/joven,

heterosexual/homosexual, derecha/izquierda, cuerpo estado/cuerpo civil, con sus economías devastadoras, por ende, con sus guerras, hambres, explotaciones, persecuciones y matanzas.

La cultura funciona en espacios marcados por ella misma. Si la cultura es cerrada, marcada y definida tal como lo está la cultura de la masculinidad, es impensable una modificación profunda, por lo tanto, cualquier proyecto de pensamiento que se genere dentro de ella está condenado, igual que cualquier civil de última categoría, a ser arrasado. Instalarse fuera de la cultura no es posible si nos aferramos a las ideologías producidas por el hombre, al orgullo de pertenecer a una cultura pervertida como sinónimo de humanidad. No es la humanidad la pervertida, sino la cultura la que la pervierte, desde que ella se simboliza en la palabra hombre, invisibilizando a más de la mitad de la humanidad, que no está como la cultura masculinista apegada y orgullosa de sus productos, de sus ciencias y tecnologías, de sus ciudades, catedrales, literaturas y pensadores, que, aunque contengan cuestionamientos, no producen finalmente un pensamiento político y libertario que contribuya al desarme de esta macrocultura.

## NOTAS

\* Por más de quince años he impartido este taller que contiene dos ámbitos de trabajo permanente: el individual y el colectivo. Su propósito principal ha sido deconstruir el orden simbólico-valórico del sistema cultural vigente.

1 Adrienne Rich (1929), poeta y ensayista estadounidense, es una de las voces más importantes de la crítica feminista contemporánea.

2 Cristina de Pizán (1364-1430), *La ciudad de las damas*, Biblioteca Medieval, Siruela, Madrid, 2000. Las obras de Cristina de Pizán dieron contenidos feministas a la larga polémica entre hombres y mujeres que se suele llamar la Querella de las mujeres; una polémica cuya misoginia, de Pizán criticó inteligentemente.

3 El movimiento de la Querella, el movimiento de las preciosas, el movimiento sufragista, el movimiento feminista. 4 Ver Celia Amorós, «Por un sujeto verosímil», en *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad*. Madrid, Ediciones Cátedra, Colección Feminismos, 1997.

\* Dedicado a Margarita García.

5 *Historia de las mujeres*, tomo IV, Taurus Ediciones, Madrid, España, 1993, p. 12.



maquetado en PDF para la sección de  
libros gratuitos de

*fem-e-libros*

AÑO 2003